



La última canción de
Mara

Abigail Villalba Sánchez

La última canción de Mara

Abigail Villalba Sánchez

Copyright © 2020 Abigail Villalba
Todos los derechos reservados.

A ti, porque cada marea que mueves me llena de vida.

ÍNDICE

[Prólogo: Nochevieja](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[Epílogo](#)

AGRADECIMIENTOS

¡Hola a todos!

Hoy quiero dar las gracias a mucha gente, porque este relato no habría existido sin ellos.

Primero, como siempre, a Sara, pues siempre está conmigo, sin importar nada más. Eres mi musa en mitad de la nada.

Segundo, a mis hijos adoptados del grupo "Yaoi y yuri del bueno" pues Samuel y Óscar nacieron allí.

También quiero dar las gracias a todos aquellos que seguisteis la historia de ambos tritones en instagram, aún sabiendo que el formato, a veces, era complicado leer.

Y por último...a ti, lector, por darme una oportunidad en mitad de este océano de libros.

Prólogo: Nochevieja

Óscar se estremeció cuando la brisa marina, llena de salitre y secretos, le revolvió el pelo y le recordó que, muy a su pesar, era invierno. Su piel desnuda se erizó desagradablemente y le arrancó una sonrisa resignada.

---Sabes que esto podríamos haberlo hecho en cualquier otro sitio, ¿verdad? ---preguntó, divertido, mientras se incorporaba de la arena en la que estaba tumbado y se frotaba los delgados brazos---. En uno en el que no me estuviera helando, por ejemplo.

La figura masculina que estaba junto a él, completamente estirado y tan desnudo como él mismo, sonrió con suavidad y se encogió de hombros. Sus ojos, oscuros y enormes, continuaron fijos en el cielo nocturno.

---Desde aquí se la oye mejor ---contestó, un momento después.

---Me pregunto cómo sabrás tú eso.

Al escuchar el tono de chanza de Óscar, Samuel rió entre dientes y se giró hacia él, con una sonrisa divertida dibujada en los labios.

---¿Crees que no me he asegurado de buscar el mejor sitio? ---Se incorporó lentamente, se acomodó junto a él hasta que sus hombros se tocaron y dobló las rodillas para apoyar los brazos en ellas. Después, le dio un suave empujón y continuó hablando, casi en un susurro---. Sé dónde quiero hacer el amor contigo.

Óscar enrojeció. Después se echó a reír de puro nerviosismo y se pasó las manos por el pelo, de brillante cobre y suaves ondas que caían hasta sus hombros.

---Eres encantador cuando quieres algo ---le picó, sin perder ni un ápice de la acidez que le caracterizaba. Sin embargo, fue en ese momento cuando, por fin, los primeros rayos de luna surgieron de detrás de las montañas, así que toda su atención se vertió en esa dirección---. Hacía tantísimo que no veía la luna brillar así...

A su lado, Samuel sonrió con tristeza y se abstuvo de decirle lo que pensaba acerca de su exilio voluntario a tierras humanas. En otro momento, quizá, sí hubiera contestado de manera diferente. Pero esa noche... la que simbolizaba el fin de año, no era una noche para las disputas. Y mucho menos con él.

El joven suspiró y miró de reojo a su compañero, que aún parecía absorto en la contemplación del satélite, para atesorar esa imagen para siempre: la luna que brillaba en su lento ascenso y que iluminaba con sus rayos la bahía en la que estaban sentados, las finas líneas anaranjadas que surgían, poco a poco, en la piel de Óscar y que revelaban su origen mágico y, por último, la sonrisa nostálgica de su compañero, esa que hablaba de años lejos de las profundidades marinas.

---¿Sabes? ---preguntó, finalmente, mientras acariciaba su mejilla con los nudillos---. Cuando te escribí y te propuse venir aquí... bueno, hubo un momento en el que pensé que no querrías acompañarme.

Óscar apartó la mirada de la luz plateada y la clavó de nuevo en él. Sus ojos, inteligentes y siempre atentos, no tardaron en repasar las espirales violetas de sus mejillas y las líneas rectas, de idéntico color, que bajaban a lo largo de sus brazos. Tardó un momento en darse cuenta de a qué se refería, pero cuando entendió la inseguridad de Samuel, suspiró.

---Lo dices por Mara, ¿verdad? ---Sonrió con resignación y negó con la cabeza, tranquilizadamente---. No tengo nada en contra de ella, aunque todos os empeñéis en decir lo

contrario. Sí ---admitió---, he decidido abandonar las corrientes en pos de una vida humana. ¿Y qué? Que ahora viva en tierra, Sam, no significa que no me preocupe por ella. De hecho ---añadió y se inclinó hacia él, mientras bajaba la voz y acariciaba sus labios con los suyos---, si estoy aquí es para cuidarla mejor.

Samuel se estremeció de placer a medida que el beso crecía. El roce de su lengua contra la suya resultaba embriagador, como si aquella fuera la primera vez que lo hacían... o quizá la última, pues su relación siempre había sido muy tormentosa e inestable y si seguían juntos era, simplemente, porque no podían estar el uno sin el otro.

Por eso estaban allí, después de meses de silencio y rabia, después del dolor de la última separación.

---Te quiero ---farfulló entonces Samuel, con premura, entre beso y beso, entre aceleradas y frenéticas caricias---. Pase lo que pase. Estemos donde estemos. No lo olvides nunca, joder.

---No podría hacerlo. Sabes que yo nunca olvido nada---contestó Óscar, jadeante, con los labios apretados contra su cuello y la excitación a flor de piel.

Ni siquiera la fuerza que la luna ejercía sobre ellos fue capaz de separarlos. Sus labios se buscaban segundo a segundo, mientras sus manos se perdían en los rincones más ocultos y placenteros de su cuerpo humano con una lentitud inhumana, como si no tuvieran prisa alguna.

De hecho así era, pues Samuel se había encargado de buscar la cala más escondida e inaccesible de las costas gallegas. Le había costado un tiempo dar con aquella, pero ahora que tenía a Óscar a horcajadas sobre él se daba cuenta de que su sacrificio había merecido la pena.

Y mientras el cielo estallaba en luces artificiales de brillantes colores y la luna les acariciaba con su fría plata, ambos jóvenes se perdieron en una danza tan antigua como el propio tiempo. Una danza teñida de jadeos y gemidos al principio, y poco después, con la luna llena inmóvil sobre el océano, de una melodía dulce y tierna que procedía de algún lugar entre las oscuras aguas.

---Escúchala ---susurró Samuel entonces, con las manos aferradas al delgado cuerpo de Óscar y sus labios rozando su oído---. ¿No es lo más hermoso que has oído nunca?

---No ---farfulló el joven en contestación, mientras le sujetaba de las mejillas y se perdía innegablemente en el fondo de sus ojos, mientras luchaba por no dejarse llevar por todos los estímulos que le asaltaban: el placer de sentir a Samuel en su interior, la magia de la luna, que le recordaba lo que verdaderamente era, y de fondo esa canción sirenea que siempre le tocaba el corazón...---. Tú voz es lo más bonito que he oído nunca.

Ambos sonrieron, perdidos el uno en la mirada de otro, inmóviles y acunados por aquella lejana melodía que a ambos les hacía temblar de emoción, quisieran... o no. Y así, frente contra frente, labios sobre labios, la medianoche llegó y se marchó, mecida por el océano y por las dos criaturas que se amaban sobre la arena, ajenos a que un año había muerto y otro había nacido.

Solo se detuvieron, cuando, agotados, se dejaron caer sobre la fría arena, abrazados el uno al otro. Permanecieron así, en silencio, durante todo el tiempo que duró la canción de la llamada Mara. Aquella vieja sonata, pese a pertenecer a tiempos pretéritos, seguía siendo limpia y tibia y aunaba sus corazones incluso más de lo que lo estaban en aquellos momentos.

Y cuando el sol despuntó en dorado, moribunda ya la noche, y la voz de Mara se quebró dando paso a la brisa, ambos hombres se incorporaron y contemplaron la cálida belleza de un amanecer invernal.

---¿Volveremos a vernos?

La voz de Samuel interrumpió el silencio. A su lado, Óscar suspiró y se encogió de hombros.

---Supongo que no vas a cambiar de opinión, ¿verdad? ---preguntó este, con suavidad, a pesar de que sabía la respuesta---. Vas a seguir combatiendo por tu lado. No vas a hacerme caso en

absoluto.

Samuel frunció el ceño y sacudió la cabeza negativamente, pues lo último que quería después de aquel encuentro era hablar de política y de contaminación. Por eso, apretó los dientes con fuerza y se encogió de hombros.

---Te buscaré ---aseguró entonces, mientras se levantaba y dejaba su atlético cuerpo bañarse en la luz rosada del amanecer---. Encontraré la manera de contactar contigo.

---Samuel...

El joven se detuvo, de espaldas a Óscar. Sus ojos se clavaron en las suaves olas que rompían en la orilla y que le recordaban lo lejos que estaba de casa.

Suspiró.

---Feliz año, mi vida ---murmuró entonces, sin girarse---. Ten cuidado.

Óscar sintió un pellizco en el corazón que hizo que sus palabras se quedaran atascadas en la garganta.

Por un lado quería ir con él, olvidarse de lo que estaban haciendo los humanos con Mara y combatirles como Samuel quería que hiciese pero, por otro... Sacudió la cabeza e hizo de tripas corazón, como cada vez que se separaban. Se levantó, besó su hombro con infinita ternura y después caminó en dirección al agua.

---Aún puedo cogerme el día libre ---informó Óscar, en contestación, mientras dejaba que el agua cada vez le arrastrara más adentro---. Aún podemos regalarnos un día antes de volver... a lo que coño sea que tengamos. Un día ---rogó---, en el agua, como tú quieres. En casa.

---¿Estás seguro de eso? ¿No prefieres volver a esa... oficina y a tus compañías humanas?

---Un día, Sam ---repitió, mientras se dejaba caer hacía atrás y el agua salada le recibía con agrado, como una madre a un hijo descarriado---. Solos tú y yo.

Y mientras sus piernas olvidaban su forma humana y su cuerpo se liberaba del disfraz, una segunda figura se zambulló a su lado y también se transformó: sus extremidades dieron paso a una cola firme, fuerte, de brillante color violeta. Las agallas de su cuello se abrieron y bebieron del oxígeno del método acuático y sus ojos, oscuros en la tierra, brillaron con intensidad mientras buceaba en busca de más profundidad.

---¡Vamos, Óscar! ---lo llamó, en su idioma natal, mientras giraba sobre sí mismo y disfrutaba del líquido elemento---. ¡Que no se diga que se te ha olvidado quién eres!

Al escuchar la mofa, el joven sonrió y movió con elegancia la cola anaranjada que le señalaba como tritón. Dio un coletazo con fuerza, pasó a su lado... y sonrió, antes de guiñarle un ojo con descaro y perderse en las susurrantes corrientes de su reino oceánico.

I

Óscar entró en su despacho como un huracán enfurecido. La puerta que acababa de empujar se estrelló violentamente contra la pared y provocó que unos cuantos pares de ojos se fijaran en él.

---¡Es inadmisible! ---bramó, golpeando con ambas manos la mesa de su escritorio, que crujió a modo de protesta---. ¡Un ataque contra los derechos acordados en el Tratado de Especie! ¡¿De qué coño sirve que yo esté aquí si se lo pasan todo por el forro de los huevos?!

La mujer que lo acompañaba cerró la puerta tras de sí, apurada, pero no se atrevió a acercarse más. Se limitó a aferrarse a las carpetas que sostenía, mientras Óscar caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado.

---Debería tranquilizarse, señor.

---¡¿Que me relaje?! ---Sus ojos oscuros relampaguearon de rabia y se clavaron en la tensa mujer que le sugería tamaña gilipollez---. ¡El gobierno al que sirves está masacrando a los míos a cambio de un puto soborno! ¡¿Cómo coño quieres que me tranquilice?!

---No es una masacre ---advirtió ella con suavidad, sin moverse de donde estaba---. El vertido será controlado, en una zona donde tu especie no habite. El daño será mínimo.

---No me puedo creer lo que estás diciendo. ¡Es que no puedo! ---siseó y, preso de la ira que sentía, gritó y la emprendió con la mesa: tiró los documentos que debía revisar, las propuestas del partido, las notificaciones inmediatas... y todo lo tuviera al alcance, fuera o no importante. Solo entonces pareció tranquilizarse un poco---. No tenéis ni idea de lo que estáis haciendo. Os pasáis mis sugerencias por el culo y os atrevéis a poneros dignos cuando sugiero que hay otras opciones. ¿Y sabes qué te digo, Tamara? ---preguntó, mientras sacaba un cigarro de la pitillera y lo encendía, a pesar de la mirada reprobatoria de la ministra---. Que se acabó. O termináis con esto o no haré de límite con los míos. Estoy cansado de que me toméis el pelo.

El rictus amargo de la ministra de Defensa frunció el ceño y apretó con más fuerza las carpetas. Desde donde estaba, Óscar era capaz de escuchar su acelerado ritmo cardíaco, lo que le llevó a sonreír torvamente.

---¿Nos estás amenazando?

---Sí ---admitió el hombre, con sencillez. Se metió una mano en el bolsillo, dio una calada al cigarro con la otra y dio un par de pasos en su dirección---. Se os echarán encima como tiburones. Eliminaremos la plaga de raíz y nos repartiremos el agua dulce. Y ya no tendré que aguantar vuestras estupideces. ---Añadió, finalmente, cuando estuvo frente a la mujer---. Abortad el consentimiento del vertido. Encarcelad a esos terroristas. Solo entonces me plantearé cambiar de opinión. ---Tiró el cigarrillo a sus pies, esperó pacientemente a que se apartara de la puerta y salió del que hasta ahora había sido su despacho como presidente del mayor partido ecologista de la década, aunque solo dio un par de pasos antes de dirigirse de nuevo a la mujer---. ¿Ha quedado claro?

---Transparente.

Óscar asintió a modo de respuesta. Sin embargo su malhumorado gesto no desapareció mientras cruzaba la sede, porque sabía que aquella conversación no había servido para nada. Los humanos se creían muy por encima de ellos porque controlaban el agua dulce ---único remedio para ciertas enfermedades sireneas---, pero jamás se habían atrevido a un ataque tan frontal como el que iban a llevar a cabo con el petrolero pirata que les había sobornado.

Hasta ahora.

Cerró los ojos al llegar al ascensor. El desasosiego que sentía era horrible, más en aquellos días

en los que no tenía tiempo para recuperarse en el reino de Mara.

Mara...

¿Qué ocurriría con ella si el vertido se derramaba, finalmente? Ya habían pasado por una situación similar otras veces, cierto era, pero las heridas eran mayores cada vez y ya ninguno de los tritones podía asegurar que sobreviviría. Y si ella no aguantaba... ninguno de los que vivían en las aguas lo haría.

Ni siquiera Samuel. Su Samuel.

Y eso, pensó con profunda amargura, no podía consentirlo.

El susurro de Mara le saludó en cuanto metió un pie en el agua. El frío de sus corrientes en eterno movimiento rozó sus gemelos poco después y lamió su vientre al cabo de unos segundos.

Óscar se estremeció cuando el agua le engulló por completo, aunque no consiguió determinar por qué motivo, si por la alegría de volver a casa o por el profundo temor que sentía al rechazo de sus congéneres. Si las cosas hubieran sido de otra manera, pensaba, mientras dejaba atrás su cuerpo humano y aceptaba con gozo su cola de tritón, ni siquiera estaría dirigiéndose a Calíspede... pero las circunstancias le obligaban a tomar aquel papel, así que era una tontería suponer lo que ocurriría cuando llegara allí.

Pero, incluso sabiéndolo... su mente no dejaba de atosigarle con preguntas sin respuestas. ¿Le recibirían? ¿Le escucharían aunque solo trajera malas noticias? ¿Estaría Samuel allí...?

La idea de volver a verle le obsesionaba desde hacía mucho. La última vez que habían hablado fue hace años, en tierra, y la conversación no había tenido el resultado que a él le habría gustado. Desde entonces, se había limitado a recordar viejos tiempos, una y otra vez... hasta el día en el que se dio cuenta de que eso ya no era suficiente.

De eso habían pasado solo dos semanas.

Los catorce días más angustiantes de su historia.

La canción de Mara cambió al abandonar la costa gallega. Ahora era una melodía menos opaca y más fluida, profundamente más agradable, como si sus oídos captaran mucho mejor las notas ahora que estaba bajo el agua. Era una canción de bienvenida, a pesar de todo, que le acompañó a través de los corales y las corrientes que conformaban el sendero submarino.

Tras unas horas de viaje a través de un lecho profundo y oscuro, Óscar alcanzó la única posta que había cerca de donde estaba. El lugar, una profunda sima iluminada solo con unas pocas algas luminiscentes, rezumaba tranquilidad y sosiego. Los tiburones que deambulaban por la zona lo hacían con parsimonia, con lentos aleteos que nunca les alejaban de aquella zona, como si supieran que pertenecían a la sirena que se encargaba de ellos.

---¿Anaila? ---Óscar se impulsó con la cola y se acercó a la joven, que en esos momentos acariciaba a un tiburón gris, largo y elegante, que nadaba a su alrededor una y otra vez---. ¿Eres tú?

La sirena se giró rápidamente y contempló, perpleja, al que había sido uno de sus mejores amigos en la infancia. Sus ojos amarillos, semejantes a sus escamas, se abrieron mucho por la sorpresa de verle allí, precisamente, pero no tardó en recobrar de la impresión, porque nadó hasta donde estaba él y le estrechó entre sus brazos con fuerza.

---¡Ya decía yo que Mara estaba muy contenta! ---exclamó, aún sin soltarle, a pesar de la sonrisa apurada del joven---. ¡Hacía mucho tiempo que no cantaba como hoy! ¿Cómo es que has decidido volver al agua? ¡Y tan lejos de tu casa, además!

---Es una larga historia... y no tengo mucho tiempo ahora mismo ---contestó el joven y alargó la mano cuando uno de los tiburones se acercó para darle con el morro en la mano. Le devolvió la

caricia al animal y después miró a Anaila, con una triste y sentida sonrisa---. He vuelto porque traigo malas noticias. ---Su mandíbula se tensó al pronunciar aquella realidad, pero tuvo que contener su creciente malhumor al sentir a los escualos moverse con el mismo nerviosismo que sentía él---. No sé si estás al tanto de las negociaciones de Mara con los humanos.

La joven negó con la cabeza, chasqueó la lengua para alejar a un macho especialmente incómodo con la presencia del tritón e hizo un gesto para que le siguiera al lugar donde pasaba la mayor parte de su día.

---Algo he oído, pero si te soy sincera... la política no es algo de lo que me agrada hablar ---le advirtió, mientras se sentaba en una de las enormes medusas que pululaban siempre por la gruta en la que vivía su familia y ella---. Mi padre sí que está más interesado en lo que Mara hace o no... dice que a fin de cuentas es un destino que nos afecta a todos. ---Negó con la cabeza y después hizo un gesto para que Óscar continuara hablando.

---Da igual ---contestó, profundamente desanimado---. Ya no hay nada que negociar, Anaila... he roto la relación que tenía con ellos. He luchado mucho para llegar a un acuerdo que beneficiara a ambas razas, pero ahora todo se ha ido a pique. ---Suspiró con resignación y se encogió de hombros---. Alguien tenía que decírselo a ella, ¿no?

La joven sirena, de pelo negro azabache y escamas de oro, mantuvo su mirada puesta en él durante unos segundos de más, mientras cavilaba sobre lo que acababa de oír.

Desde luego no eran buenas noticias para el reino oceánico, aunque, posiblemente, tampoco fuera así para los que habitaban en la tierra, solo que aún lo desconocían.

---¿Cuánto hace que no hablas con Samuel?

La pregunta le pilló completamente desprevenido. Desvió la mirada, incómodo, pero sabiendo que estaba atrapado en la conversación, decidió contarle la verdad.

---Unos años. Cuatro, creo... quizá cinco. No estoy del todo seguro. ---Sacudió la cabeza y su pelo cobrizo, algo más largo de lo habitual, se movió con suavidad bajo el agua oscura---. ¿Por qué?

Esta vez le tocó el turno a Anaila de callar. Su mirada se llenó de preocupación casi de inmediato y durante unos segundos no dijo nada, lo que puso a Óscar mucho más nervioso de lo que estaba.

---¿Le ha pasado algo? ¿Está bien? ---Al ver que ella no hacía amago de responderle, el joven tritón se impulsó con la cola y se acercó rápidamente a ella, con el terror vibrando en el fondo de sus ojos---. ¡Contéstame!

---Óscar... ---musitó la joven sirena, con suavidad, como si ese tono lento y prudente pudiera suavizar el golpe que estaba a punto de darle---. No es de Samuel de quien tienes que preocuparte. Él está bien... es Mara la que nos tiene en vilo a todos.

El gesto de extrañeza del tritón conmovió a la sirena, que levantó la mano y le acarició la mejilla.

---¿Mara...? ¿Qué...? ---El poco color que tenía en su piel se perdió rápidamente, como si aquella conversación solo sirviera para recordarle el tiempo que llevaba lejos de casa, del mar---. ¿Mi madre está bien?

La sirena negó con la cabeza. Apretó sus manos entre las suyas y después, le miró, con tristeza, mientras negaba con la cabeza y le impedía moverse.

---Apenas se puede mover ya. Esa enfermedad que tú llamas contaminación se la está llevando poco a poco, y nadie puede hacer nada. Ni siquiera el agua dulce parece hacerla mejorar. Samuel está intentando mantenerla estable con su magia, pero... tarde o temprano nos tocará abandonar el reino de tu madre. No sobreviviremos sin ella.

Aquella revelación fue un golpe demasiado doloroso como para ocultar lo mucho que escocía. Sus ojos se llenaron de una desolación absoluta, propia de una criatura que temía tanto a la muerte como él.

Tragó saliva ruidosamente.

Su cuerpo se estremeció de pavor.

---Tengo que irme ---demandó, con voz trémula.

Anaila contempló al tritón durante unos segundos eternos, antes de asentir y nadar hacia la salida de la gruta.

---Te prepararé un tiburón.

II

El viaje a Calípede fue, en su opinión, demasiado largo. Acostumbrado como estaba a viajar en avión, a Óscar le costaba un mundo adaptarse al ritmo pausado y constante del escualo en el que montaba.

Ni siquiera el paisaje submarino, con su belleza azul y sus destellos dorados, le distraían del dolor que sentía en el pecho.

¿Cómo no se había dado cuenta de lo que estaba pasando?

¿En qué momento la ceguera le había impedido ver que su madre se moría?

La sensación de culpa era abrumadora, como el tiempo que había perdido y que ya no podría recuperar.

Óscar se estremeció.

Odiaba darse cuenta de lo estúpido que había sido al pensar que podría tenerlo todo. Ese sueño siempre había sido el motivo por el cual seguía cuerdo, pero ahora que este se había convertido en pesadilla era incapaz de dejar de pensar en ello.

¿Y Samuel?

¿Por qué él no le había dicho nada?

¿Tan férreo era su orgullo?

---Joder, Sam... ---murmuró para sí con un quejido y se cubrió los ojos con la mano.

El escualo escogió ese momento para moverse con más rapidez, apenas seis o siete movimientos de su cola, pero su avance fue lo suficientemente brusco como traer en sí al tritón.

Fue entonces cuando se percató de lo cerca que estaba de la ciudad. Hacía ya unas horas que habían dejado atrás las corrientes iluminadas de sol y se habían sumergido en las profundidades oscuras, siguiendo los senderos que marcaban los cartógrafos de Calípede con medusas luminiscentes.

El hecho de estar tan cerca de casa hizo que su corazón se acelerara con brusquedad. Espoleó con la cola al escualo y, a pesar de su reticencia inicial, este se adentró cada vez más en aquella oscuridad negra iluminada apenas por los diferentes colores de las medusas y las algas.

Ese fue el camino que animal y tritón recorrieron casi a ciegas, lentamente, hasta que el espacio entre las luces fue achicándose poco a poco, hasta que todo a su alrededor quedó iluminado en rojos, verdes, amarillos y violetas que con su luz dibujaban el perfil de los edificios construidos en la roca.

La entrada a Calípede siempre era un espectáculo natural. Las medusas y su brillo eran la única fuente de iluminación de la ciudad, que siempre parecía inmersa en la noche, fuera la hora que fuera. Sus edificios, sustentados por las formas aleatorias de las rocas de la zona, eran altos, firmes y conformaban una suerte de anfiteatro de gigantescas dimensiones.

Allí la música de Mara era perfectamente audible, aunque no desentonaba en absoluto. Cada nota que surgía de sus labios era una gota de agua que se estrellaba contra las conchas que formaban la cúspide de las torres, y cada latido de su vez era una corriente que silbaba entre los pendones. Aquella canción era un dulce arrullo que les recordaba a todos de dónde venían y qué rol debían interpretar, pues Mara conocía la mente de todos sus hijos, y así se lo hacía saber a todos.

Óscar detuvo al tiburón cuando la luz empezó a molestarlo. Le quitó la silla, acarició sus afiladas escamas y después nadó junto a él hasta un patio lleno de medusas rojas y grandes tiburones domesticados, que pululaban sosegadamente. Allí, acomodado sobre un lecho de algas y esponjas marinas, un tritón mayor que él se ocupaba de las criaturas con paciencia y tranquilidad,

como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Tanto era así que ni siquiera se dignó a levantar la vista hacia el joven mientras le hacía un gesto para que dejara el equipamiento del animal en alguna parte. De haberlo hecho quizá hubiera cruzado una o dos palabras con él, pero Demios, desde luego, no era la criatura más habladora del mundo.

Además, pensó Óscar mientras se alejaba de allí, con un par de violentos coletazos, quizá fuera mejor que nadie reparara en él hasta que estuviera en el interior de la Caracola, donde su madre solía descansar tras sus habituales quehaceres.

El camino hasta allí fue sencillo y le permitió embeberse de esa belleza sobrecogedora que guardaban las profundidades y que les permitía ser completamente compatibles con su naturaleza acuática. De hecho fue esa naturaleza, esas espirales anaranjadas que brillaban en sus mejillas, en las líneas rectas de sus brazos y en las escamas de su cola, las que iluminaron el largo túnel que descendía a las profundidades de la Caracola.

---¿Quién va?

La voz de un tritón desconocido despertó sus alertas. Nadó con lentitud hacia la entrada de la gigantesca caracola de nácar blanco y observó al guardia que vigilaba esta.

---¿Desde cuándo Mara necesita escolta y protección? ---preguntó, con el ceño fruncido, más preocupado de lo que quería admitir---. ¿Y dónde está Samuel?

---¿Quién lo pregunta? ---insistió el guerrero moreno, reacio a que el joven y desconocido tritón penetrara en el santuario. A él le habían ordenado guardar el descanso de Mara y así lo haría hasta que le relevaran.

---Soy...

---¿Óscar?

El joven se giró rápidamente hacia atrás. Aquella voz, de tono profundamente familiar y querido, hizo que la magia que bullía en su interior se alborotara y le hicieran brillar más de lo que hacía en aquella diluida oscuridad.

---Sam...

---¿Qué coño haces tú aquí? ---preguntó este, completamente incrédulo. A pesar de las diferencias que les habían separado hacía años, no dudó un solo instante en acercarse a él y abrazarlo con fuerza---. Has vuelto...

Óscar se estremeció cuando sintió los firmes brazos del guerrero estrechándole contra sí. Hacía tantísimo tiempo que no sentía su energía y sus ganas de vivir, que se vio arrollado por lo que sentía. Le devolvió el abrazo sentidamente y solo cuando el gesto se volvió absurdamente largo, se separó y lo contempló a la luz violeta que emitían sus marcas y su cola.

Los años le habían pasado factura, pero seguía pareciéndole irresistible: el pelo corto, tan oscuro como sus ojos, su rostro afilado, sus rasgos serios, su cuerpo atlético de guerrero cincelado día a día adornado por cicatrices viejas y nuevas...

---¿Por qué has vuelto? ---La voz ansiosa de Samuel hizo que el tritón apartara la vista de su anatomía y la mantuviera en sus ojos---. ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

---Han pasado muchas cosas, Sam... por eso estoy aquí. ---El cansancio acumulado tras tantas horas de viaje eligió ese momento para pasarle factura, mientras hablaba, así que apenas terminó de hablar antes de bostezar sonoramente---. ¿Cómo está mi madre?

---Mara está...

Samuel se interrumpió cuando un hondo chillido atravesó el líquido elemento. La voz surgía directamente del interior de la Caracola blanca y agitaba, con una fuerza descomunal, los cimientos de aquella ciudad submarina.

---¡Aguanta, Mara! ---Samuel se impulsó rápidamente con la cola y cogió a Óscar de la mano para que lo acompañara al interior del santuario---. ¡Id a buscar las burbujas de agua dulce! ---ordenó, justo antes de arrastrar al tritón pelirrojo a la inmensidad de la oscuridad.

Entonces, Óscar la vio, después de años sin siquiera imaginarla.

Y su imagen, su realidad, le rompió el corazón.

A pesar de que el grito de Mara había sacudido el mundo submarino y había hecho temblar los cimientos de la ciudad, Óscar fue incapaz de escuchar nada que no fuera el doloroso latido de su corazón. Sobre ese silencio roto y abrumador se escuchaba, de lejos, un llanto sesgado y una voz masculina que le llamaba con desesperación.

Aturdido, Óscar parpadeó y contempló a la sirena de cristal que se retorció sobre el lecho de coral. Su rostro, tan hermoso como el día en el que nació, hacía ya miles de años, se contraía una y otra vez en una mueca de sufrimiento y devastación tan voraz que el tritón casi tuvo que apartar la mirada.

Pero no lo hizo. ¿Cómo iba a hacerlo, de todos modos?

¡Mara era su madre! ¡La madre de todos aquellos que vivían bajo las aguas!

¿Cómo era posible que la hubieran dejado deteriorarse tanto?

Sus ojos, siempre atentos y avizores, no tardaron en encontrar las grietas que, como feas cicatrices humanas, habían aparecido allí donde había sido herida. Y había tantas, tantísimas líneas que quebraban su belleza, antaño pura...

---¡Óscar! ¡Deja de mirarla como si no se estuviera muriendo!

La iracunda voz de Samuel le sacó del estado del shock en el que había entrado. De golpe sintió que todos los engranajes de la realidad volvían a su sitio, uno tras otro, sin darle un segundo de paz: el gélido frío del miedo, el dolor que vibraba en su pecho, su respiración agitada y burbujeante, su esencia mágica al borde del colapso.

---Mara...

---¡Óscar, joder! ---Samuel apretó las manos, que brillaban con fuerza al son de su magia violeta, contra el cristal cálido de la sirena. Su gesto era concentrado y profundamente sombrío, como si cada segundo supusiera para él un esfuerzo titánico.

Y en realidad así era.

Óscar lo sabía muy bien.

La magia de las sirenas dependía directamente de la salud de Mara y ahora ella se estaba muriendo. Además, pensó con amargura, Samuel nunca había sido muy ducho con la magia curativa, aunque ocupaba el puesto de acompañante de Mara. Ese puesto, de hecho, era suyo por derecho y por linaje, pero jamás lo había querido para sí... y quizá ese fuera uno de los peores errores que había cometido.

---Déjame a mí.

Su voz se coló entre los estertores de la sirena de cristal. Fue un sonido muy suave y prudente, pero hizo que la piel de Samuel se erizara al escucharlo consciente de que iba a ver algo que jamás creyó que volvería a suceder. Una suerte de milagro, podría decirse.

¿Cuánto había pasado desde que Óscar liberara su magia por última vez...? ¿Cuatrocientos, quinientos años? ¿Más?

Se estremeció y su magia flaqueó durante un instante, en el que Mara gimió dolorida y tembló ante un nuevo estertor.

---Cúrala ---susurró entonces, sin apartar las manos del cuerpo de cristal que tanto se estaba esforzando en cuidar---. Cúrala y haré cualquier cosa que me pidas. Lo que sea.

---Lo que sea... ---Óscar sacudió la cabeza con tal vehemencia que su pelo cobrizo ondeó de un lado para otro. Se le ocurrían tantas cosas que podía y quería pedirles que tantas opciones le resultaban abrumadoras. Aunque en realidad, pensó, mientras se acercaba a su madre y buscaba en sí mismo esa chispa cálida que prendía la magia, todas esas posibilidades se podían aunar en una sola: recuperar el tiempo que habían estado separados. Sin embargo también era consciente de que su pensamiento era egoísta y ruin, así que lo ahogó en su propio mar de mentiras e incongruencias mientras extendía las manos y las apoyaba sobre las de él---. No prometas cosas que luego no vas a cumplir.

Samuel sabía por qué decía eso. Y le escocía. Le dolía tanto que estuvo a punto de apartar las manos.

Pero no lo hizo.

Ante todo, pensó, sin mirar a Óscar, tenía que cuidar de Mara y mitigar su creciente enfermedad. Solo así podría mantener la promesa que una vez le hizo al tritón; esa que ahora le echaba en cara con tanta facilidad... como si a él no le doliera.

Pero Óscar se equivocaba y él, actualmente, era incapaz de explicarle por qué le había abandonado. Estaba muy cansado. Demasiado, de hecho. Aún así fue incapaz de callarse y silenciar todos aquellos años de separación, de preguntas sin respuesta y de recuerdos que solo quería recrear en noches de luna llena. Levantó la mirada, fijó sus ojos en el pálido tritón y contestó:

---No te he fallado aún ---murmuró, con suavidad, mientras rogaba a las olas un poco de fuerza de voluntad---. Aunque tú creas que sí. Si te dejé...

---Fue porque debías ---interrumpió Óscar y sonrió con tristeza---. Sí, lo sé. Esa siempre ha sido tu respuesta. Pero aún no entiendo nada.

Las manos del tritón pelirrojo se iluminaron en naranja. La luz, brillante y líquida, se desparramó sobre las ondas violetas que emitía Samuel, hasta que estas se entremezclaron y tiñeron el cristal de Mara con sus tonos vivos y descontrolados.

Aquella magia, tan antigua como el tiempo, era el reducto de una civilización moribunda, de una raza obligada a ocultarse. De una especie sometida a los caprichos humanos.

Y él, pensaba Óscar, mientras derramaba su esencia mágica en grandes oleadas, tenía gran parte de culpa de todo lo que estaba sucediendo. Si no hubiera abandonado las aguas, si no hubiera sido tan estúpido como para confiar en los humanos... quizá ahora Mara estuviera arrullándole mientras hacía el amor con Samuel. Quizá las mareas y las corrientes fluyeran limpias, portando secretos y canciones...

Tan ensimismado estaba con lo que hacía y pensaba, que no se percató de la intensa mirada de Samuel, que se negaba a apartarse de Mara y de Óscar a pesar de que sus fuerzas estaban muy mermadas.

Esa mirada hablaba de tormento. De angustia. De secretos. Y también de una nostalgia que no se mitigaba, ni siquiera con Óscar allí.

Samuel sabía que en algún momento tendría que contarle los motivos que le habían llevado a cortar toda relación con él. Tendrían que hablar de lo que había supuesto su marcha, no solo para la raza entera, sino también para sí mismo.

Pero, ¿merecía la pena agotar el tiempo en temas tan dolorosos? Sabiendo lo que sabía sobre su funesto futuro... ¿sería capaz de enfrentarse a él cuando solo quería perderse en la profundidad de sus ojos?

Sus manos temblaron cuando sintió la dulce presión de sus dedos sobre su piel expuesta.

Había tantas cosas que quería decirle y tan poco tiempo...

Tras la crisis de Mara, la caracola en la que habitaba se quedó en silencio. Todos aquellos que habían asistido a la sirena de cristal en algún momento del día se alejaron para que esta se quedara tranquila. Solo unos pececillos de oro y diamante, tesoro de las profundidades, formaron la guardia nocturna.

Samuel y Óscar también se marcharon, sumidos en un profundo y tenso silencio.

Ambos sabían que la conversación que estaba por llegar era ineludible, porque llevaban ya demasiados años postergándola. Así que, sin decir nada, ambos tomaron uno de los senderos iluminados por medusas y se alejaron de la ciudad abisal.

Fue un paseo corto, aunque Óscar jamás lo olvidaría. Como no olvidaría tampoco el dulce brillo dorado que emitían las medusas o ese intenso color coral con el que se entremezclaban.. o quizá fuera el hecho de saber que todo aquello se estaba muriendo.

¿Cómo no embeberse de aquella vida que había dejado atrás? ¿Cómo no despedirse ahora que estaba allí? ¿Y si aquellas eran las últimas horas de belleza y vida?

Se estremeció al darse cuenta de que no tenía tiempo, de que todo se agotaba. De que no había hecho ni la mitad de lo que quería hacer.

Era una sensación agobiante. La necesidad de emendar sus errores y de olvidar que el tiempo corría en su contra era demoledora, como una quemadura que se extendía por toda su piel.

---Óscar...

El tritón levantó la cabeza y clavó su mirada en Samuel, que nadaba a su lado con aparente tranquilidad aunque su gesto era meditabundo y preocupado.

Su desesperación creció un poco más y se rebeló contra aquellos años de represión en los que se había forzado a olvidarle.

¡Y joder, no podía! ¡Jamás había podido!

¿Cómo había podido ser tan estúpido al creerlo? ¿Y por qué Samuel se había conformado con ver esos años pasar?

---¿Qué? ---atinó a contestar, aunque sentía las agallas casi cerradas por la tensión que soportaba en esos momentos.

---Nunca quise que te marcharas.

La dolorosa realidad de aquellas palabras hizo que Óscar se detuviera, completamente impactado.

¿Había oído bien? ¿Era posible?

El latido de su corazón, ahora violento y rápido, hizo que sintiera una punzada de dolor que intentó paliar apoyando la mano derecha sobre su pecho. Solo cuando este remitió un poco, contestó:

---¿Bromeas? ---preguntó, intentando controlar la rabia que bullía en sus venas---. ¡Me lo dejaste bien claro la última vez! ¿Tengo que recordarte lo que dijiste? ¡Porque lo tengo grabado a fuego en la memoria! ---espetó, por primera vez desde aquella discusión en la que habían puesto fin a su relación.

---Sé perfectamente lo que te dije. ---Samuel suspiró, dejó ir un par de burbujas al exhalar y se acercó un tanto, aunque no llegó a tocarle---. Pero lo hice porque sabía que no aguantarías una vida aquí. ---Se detuvo y se pasó la mano por el corto pelo oscuro que llevaba en esos momentos---. Y me estaba volviendo loco saber que te consumías aquí, por mi culpa.

---¡Mi deber era estar aquí! ¡Para cuidar de ella!---puntualizó Óscar y dio un coletazo de rabia que hizo que su pelo cobrizo ondeara tras de sí---. ¡Lo hubiera asumido en algún momento!

---¿De verdad? ---Samuel enarcó una ceja con todo el sarcasmo del mundo y se cruzó de brazos,

apretando las manos con fuerza bajo estos---. Entonces, dime, ¿por qué coño no has vuelto antes? ¡Han pasado cinco años de la última vez que hablamos, y casi diez desde que te fuiste! ¿Dónde dices que estaba tu deber?

Óscar acusó el golpe. Su rostro palideció aún más y su gesto se ensombreció bruscamente, aunque se deshizo al poco y solo dejó una mueca desangelada.

---He cuidado de ella todo lo que he podido ---musitó, descorazonadoramente---. Te juro que lo he intentado...

---Ambos nos hemos equivocado ---admitió Samuel tras relajarse, acosado por un profundo remordimiento. Era evidente que el tritón exiliado decía la verdad, aunque eso no mitigaba el dolor que sentía desde hacía años. Esa soledad, esa falta de él... siempre le habían pesado, aunque tuviera el peso de una mera sombra. Y quizá esa negrura que le había acompañado desde que Óscar se marchara a tierra también había influido en el desgaste de la propia Mara. A fin de cuentas, ante la falta de Óscar, había sido él quien se había encargado de cuidar de la vieja sirena de cristal, cuando solo era un guerrero y no un sanador---. Solo quería que supieras que jamás me lo he perdonado.

---Sabes que no puedes decirme eso y pretender que no te pegue un puñetazo, ¿verdad, Sam?

---Por favor. ---Samuel sonrió con cierto desdén divertido, que se entremezclaba también con ese sentimiento inexplicable de rabia y pena que aún le corroía---. Así al menos volveré a sentir tus manos. ---Cerró los ojos al imaginar la sensación, tanto tiempo añorada, y su piel se erizó de placer---. Ni te imaginas lo que te echado de menos.

Óscar gimió ante sus palabras, ante su expresión de sufrimiento y de paz absoluta, como si aquellas palabras que había liberado le provocaran el mayor de los dolores pero también el más sublime de los placeres.

Dioses, se sentía tan identificado con esa sensación, que no pudo evitarlo: dio el último coletazo para acercarse a él, le cogió de las mejillas y besó sus labios con fuerza. Aquel choque de pieles fue electrizante, violento, dulce, desesperado y jodidamente glorioso.

Un gemido escapó de sus labios cuando sintió que Samuel correspondía con el mismo ansia voraz, con esa misma necesidad enquistada en el pasado y que ahora fluía con la fuerza del primer día, sanando heridas y errores a pesar del tic tac del tiempo.

Solo se separaron cuando ambos acusaron la falta de oxígeno en el agua. E incluso así, con las manos entrelazadas y las colas suavemente enredadas, les costó separarse.

---Te he echado de menos ---susurró Samuel, mientras lo abrazaba con fuerza contra sí, al borde de las lágrimas---. Te he añorado tantísimo... Joder, aún no me creo que estés aquí.

Óscar se estremeció ante esas palabras. La dicha se entremezcló con el miedo y la desazón aunque, entre sus brazos, todo parecía posible. Incluso parar el tiempo y combatir al mundo.

Se apartó de él un momento y dejó que sus agallas se hincharan de agua salada. Después acarició las mejillas pálidas del guerrero y sonrió con tristeza al darse cuenta de que, al final, Samuel siempre había tenido razón: tendrían que haber combatido a los humanos antes.

Por eso estaba allí. Por eso lucharía a su lado.

---Sam... te necesito. Te necesito a tantos niveles que no soy capaz de enumerar, aunque rezo por tener el tiempo necesario para hacerlo. ---Su gesto se ensombreció mientras sus pulgares dibujaban el contorno de los pómulos altos del joven, que también frunció el ceño ante sus funestas palabras---. He venido a buscarte porque, al final, tú siempre has tenido razón en cuanto a la manera correcta de hacer las cosas. Me disculparé si sobrevivimos, te lo juro... pero ahora necesito que vuelvas a coger las espadas. Mara va a sufrir un atentado en los próximos días y yo no puedo hacerlo solo. Un vertido que no he podido parar.

El gesto de Samuel se fue alterando con cada palabra, aunque no atinó a alejarse ni un centímetro de él. Ya habían estado demasiado tiempo separados. Sin embargo, cuando escuchó toda la información deshizo bruscamente el abrazo y le dio una colleja que impulsó al joven hacia adelante.

---¿Y has esperado tanto tiempo para decírmelo?! ¡Tú eres idiota! ---exclamó, muy airado, mientras le cogía de la mano y tiraba de él para que le siguiera de vuelta a la Caracola de Mara--
-. ¡Esas cosas se dicen antes, tritón sin cerebro!

A modo de respuesta, Óscar sonrió y apretó su mano con fuerza.

III

La armería estaba a rebosar.

Desde que se diera la voz de alarma, apenas un par de horas atrás, el reino abisal había despertado de su letargo. De las cuevas que se abrían en la roca surgieron centenares de criaturas marinas que se ocuparon de diferentes tareas: sirenas y tritones de las profundidades, de piel casi translúcida y fuertes mentes, y también sus parientes de más arriba, en cuyas manos portaban estandartes y armas listas para ser revisadas. A estos les siguieron los Domadores, aquellas sirenas expertas en el cuidado de tiburones que, rodeadas de sus escualos favoritos, se aseguraban de que sus monturas estuvieran a punto.

Samuel observó desde lo alto de la Caracola el amplio despliegue de efectivos que su llamada había reunido. En cambio Óscar, que estaba a su lado, parecía aturdido ante lo que veía.

---Ahora vendrán los Alquimistas ---informó Samuel, orgullosamente---. Han desarrollado bombas a base de sal y no sé qué alga que deshace las vías respiratorias humanas. Es un polvo ácido, ¿sabes? Corroe al contacto con el aire.

Óscar parpadeó con lentitud y apretó las manos bajo los brazos cruzados. Sus ojos repasaron cada grupo durante unos segundos, hasta que se animó a contestar con toda la suavidad que pudo.

---No vamos a declararles la guerra. No así.

---¿Y cómo pretendes hacerlo? ¿Con una carta y un ramo de rosas? ---preguntó Samuel con sorna, mientras se aseguraba de que las dos cimitarras que llevaba sujetas a ambos lados de su cola estuvieran bien aseguradas.

---Entendiste la parte en la que te expliqué que solo quiero quitarme a los piratas de en medio, ¿verdad? No extinguir una civilización.

---Perfectamente. Solo me estoy asegurando de que todo salga bien. No tengo el cuerpo para más sustos.

Esta vez Óscar decidió no responder. Sabía que no serviría de nada contradecir a Samuel en su terreno, pero tal despliegue le parecía exagerado. Cuando había ido en su busca su idea era mucho más sencilla, más sucia en cuanto a lo que refería a la moralidad, pero mucho más limpia para su conciencia: limpiar de vida el barco y ofrecerle los cadáveres a las bestias hambrientas del océano. Después guiarían el barco fantasma de vuelta a la costa...

---Todo irá bien.

La voz de Samuel le sacó de su ensimismamiento. En ese preciso momento llegaron los Alquimistas al centro de la plaza y descubrió, sorprendido, que solo eran tres miembros. En comparación al resto de soldadesca, su número le pareció ridículo.

---¿Tú crees?

---Estoy completamente seguro. ---El tritón se acercó a él, rozó su hombro con la yema de los dedos y le sonrió tranquilizadamente---. Yo nací para esto, ¿recuerdas? Para asegurarme de que tú estés bien ---susurró---. No voy a cagarla ahora.

Óscar agradeció el gesto con otra sonrisa, pero su pesar creció un poco más. La sensación de que algo no iba bien le agujoneaba por dentro, aunque también era consciente de que allí, bajo el agua, estaba ciego y sordo en los asuntos humanos.

Quizá fuera esa falta de control lo que le tenía los nervios de punta. O quizá fuera esa continua y desagradable sensación de que todo lo que tenía a su alrededor iba a esfumarse cuando no mirara...

Tragó saliva, repentinamente acobardado, y asintió sin dejar de mirar a los alquimistas.

---No podemos dejar que esto se muera. ---Se oyó a decir a sí mismo, con la voz tomada por esa sinceridad tan suya, que era dolorosa y dolorida al mismo tiempo---. No puedo dejar que no me des otra oportunidad. ---Apartó la mirada de la plaza llena de sirenas y la fijó en Samuel---. ¿Aún guardas mi espada?

El rostro del guerrero se iluminó repentinamente. La última vez que vio a Óscar con la armadura ceremonial había sido mucho tiempo atrás, cuando ambos acababan de graduarse. Recordaba aquella noche con especial cariño, y no solo porque hubiera sido también la de su primer beso. El orgullo que había sentido al ver a Óscar coronado y de gala había sido inconmensurable.

Sonrió.

---La he guardado en un sitio especial.

Ambos tritones abandonaron la atestada plaza principal de Calípede y se internaron entre los edificios excavados en la roca. No tardaron en encontrar una corriente que ascendía en espiral hacia una gruta especialmente grande, que brillaba en blanco y verde, y cuyas sombras se alargaban amorosamente sobre la roca.

En su interior, la severa mirada de doce estatuas pareció preguntarles acerca de los motivos que les traían a aquel templo olvidado.

---El templo de los Doce ---murmuró Óscar, con una sonrisa melancólica. Aquel lugar era la base de la civilización sirena, pese a que ya nadie le daba el reconocimiento que debiera. Ahora que lo pensaba, había sido una necedad por parte de todos. Especialmente, se lamentó, de sí mismo---. Mis hermanos no estarían en absoluto orgullosos de mí. Les he condenado a todos.

---Has vuelto cuando el corazón te lo ha pedido. ---Samuel sacudió la cabeza y contempló las elegantes estatuas de cristal que parecían cobrar vida al pálpito luminiscente de las medusas---. Nadie te puede pedir más. Ni siquiera tú mismo. Ni siquiera Mara ---añadió y nadó hasta el pedestal vacío donde estaba tallado el nombre de Óscar---. Pase lo que pase... bregaremos con ello. No nos rendiremos.

El guerrero hizo un gesto para que le siguiera. Ambos se internaron en una gruta en la roca que llevaba a una sala repleta de cristales planos y brillantes. A lo alto, a ambos lados de la grieta, las piezas de la armadura ceremonial, de bruñida plata, permanecían mecidas por las corrientes y el tiempo, ajenas a las marejadas del destino.

---Es tuya ---susurró Samuel y sonrió---. Nunca me he atrevido a quitártela, aunque ganas no me han faltado.

El tritón moreno nadó hacia arriba con lentitud, observando con sincera admiración las frías piezas de la armadura familiar. Todos los que habían nacido del vientre humano de Mara la habían llevado al convertirse en protectores de esta, todos... excepto Óscar, al menos hasta ese momento.

Se estremeció al pensar que sería él mismo quien le serviría.

---Esto... es una exageración. ¿Desde cuándo tienes este fetiche, Sam? ---preguntó, a medio camino entre la burla y vergüenza.

---Desde nuestra graduación.

---Por el amor de las mareas, ¿en serio?

Samuel sonrió a modo de contestación. Después cogió con sumo cuidado los protectores para la cola y descendió hasta llegar de nuevo a su lado.

---Más arriba ---pidió este en voz baja y obvió el chasqueo incómodo que Óscar dejó ir, aunque obedeció y dio un coletazo para impulsarse hacia arriba y facilitarle a Samuel la tarea de ponerle la armadura.

Fueron unos minutos lentos y silenciosos. Pero algo en aquel ritual arcaico y privado provocaba en ambos tritones un profundo sentimiento de intimidad, de momento robado.

Como en el sexo, cada gesto y caricia contaban para ese estallido final de plenitud, para ese instante en el que todo, por difícil que fuera, encajaba a la perfección.

Incluso aquel tañido de campana lejano que, con su oscura música, les llamaba para la guerra.

A pesar de que a Samuel se había quejado hasta la saciedad y aunque había jurado a voz en grito que jamás volvería a hablarle, Óscar le había convencido, finalmente, de adelantarse ellos en avión.

La decisión de separarse de Mara les había costado a ambos, pero tras cavilar debidamente acerca del problema que tenían ante sí, habían decidido que aquella era la mejor opción si querían evitar que los piratas derramaran el vertido sobre el inmenso reino de la sirena.

Así que allí estaban, sobrevolando el atlántico norte en dirección al aeropuerto más cercano al punto de encuentro. Aquella valiosa información le había costado el cargo a Óscar, pero a este parecía no importarle. De hecho ni siquiera su expresión había cambiado cuando, ya en tierra y ocultos bajo un risco donde Óscar había dejado sus cosas, había leído en su e-mail que su ausencia y mala praxis le había supuesto el cese del partido.

De hecho... Samuel creía que aquella noticia le había causado más felicidad que tristeza. Quizá porque había vuelto a sentir las maravillas del mar o quizá fuera porque él mismo le había enseñado lo que era una segunda oportunidad... fuera por el motivo que fuera, a Samuel le alivió saber que estaba bien a pesar de todo.

El que no estaba bien, por el contrario, era él mismo. La idea de estar en un cacharro que volaba le aterraba sobremanera. Nunca antes había tenido que plantearse la idea de coger un avión, pero ahora que estaba allí arriba... le parecía la peor experiencia del mundo.

Ni siquiera el hecho de que Óscar no soltara su mano en ningún momento le tranquilizaba.

¡Aquello era antinatural, joder!

Y tenía claro que si morían ellos, el resto de su especie caería también, así que sus temores no se disolvieron hasta mucho después, cuando el avión aterrizó en una amplia explanada teñida de invierno. A lo lejos podían apreciar la línea de la costa, pero esta era difusa y desde allí no escuchaban el susurro de Mara.

---Tendremos que pasar la noche a la intemperie. Espero que no te importe pasar frío.

---Bueno, yo preferiría dormir en un hotel y acostarme contigo en una cama, para variar, pero... --
-Óscar se frotó los brazos cubiertos por el plumas que llevaba y contempló la vasta inmensidad del hielo ártico. Después se acercó a Samuel y pegó su mejilla a su pecho, allí donde más calor sentía, ya que él estaba congelado.

Como si fuera un gesto habitual entre ellos, el guerrero levantó los brazos y lo estrechó contra sí, mientras procuraba que entrara en calor.

---¿Cuánto crees que tardaremos si vamos nadando? ---preguntó Óscar contra él, sin intención alguna de moverse un ápice---. Si mis datos son correctos... esos hijos de puta tienen que estar al caer. Tarde o temprano Mara los localizará y nos dará las coordenadas exactas.

---Un par de horas a lo sumo ---resumió entonces Samuel, mientras observaba la lejana orilla---. Más lo que tardemos en llegar a la costa.

---Por eso no creo que haya problema... he pedido que nos vengán a buscar. Lo que no sé es cómo nos llevarán a...

En ese mismo instante, como si sus palabras las hubieran convocado, aparecieron, en la única carretera que salía del improvisado aeropuerto, un par de motos de nieve que se acercaron a toda la velocidad.

La pareja se separó a desgana cuando estas llegaron y sus pilotos les hicieron señas para que se

acomodaran tras ellos.

No hubo más preguntas ni más conversaciones, ni siquiera entre ellos. Los pilotos se limitaban a seguir órdenes, y dado que les habían pagado sobradamente para llevar a aquellos dos locos a la costa se esforzaron mucho para acabar antes de tiempo. Ellos pertenecían a una de las pocas empresas que quedaban para estudiar el hielo del ártico, y aunque sentían curiosidad por saber qué coño les traía al fin del mundo, no dijeron nada.

Ni siquiera cuando les dejaron, una hora y media después, en mitad de la nada más absoluta y del silencio más crudo.

Fue Óscar quien interrumpió aquel sosiego, aunque no lo hizo de la manera más delicada:

---¡Me cago en el frío y en su puta existencia! ---gruñó, a medida que se iba despojando de la ropa y la tiraba de cualquier manera---. ¿No podían haberse ido al Caribe? ¿O a Benidorm? ---preguntó, mientras su piel se erizaba desagradablemente.

---El agua estará fría también. Muy fría, en realidad ---puntualizó entonces Samuel, que también había empezado ya a desvestirse. Cuando estuvo completamente desnudo se agachó y sacó de su macuto las dos únicas armas que llevaba: las dos cimitarras sireneas parecían brillar ante la gélida luz blanca que reflejaba el hielo, de tan afiladas y pulidas que estaban. Comprobó que las correas estaban en buen estado y solo después, observó a Óscar y su ridículo aspecto: estaba prácticamente desnudo ya, pero aún conservaba el plumas y los calcetines. Ahogó una carcajada y se limitó a meter un pie en las sosegadas aguas---. ¿Estás listo?

Óscar enarcó una ceja con tal sarcasmo que, al final, Samuel no pudo contener la carcajada que le rondaba desde hacía un rato. Y aunque la situación era prácticamente apocalíptica para su raza, no pudo evitar pensar en lo muchísimo que le había echado de menos...

---No puedes quedarte aquí eternamente. Tenemos un buque que detener, ¿recuerdas? ---lo animó, con un gesto, mientras él mismo se introducía en el agua con un jadeo entrecortado---. Sí que está fría, sí ---murmuró para sí justo antes de tomar una bocanada de aire y dejarse caer del todo.

Cuando abrió los ojos Óscar acababa de entrar al agua: su cuerpo, a medio transformar y rodeado de burbujas y corrientes, brillaba intensamente en aquella inmensidad azul y blanca que pronto los absorbió.

---¡Aquí no podemos quedarnos quietos mucho tiempo! ¡El agua está mucho más fría que en casa!

Óscar asintió con vehemencia y aleteó bruscamente para obligar a su cuerpo a generar algo de calor. Acostumbrado como estaba al mundo humano, aquello era, para él, lo más cercano al infierno.

Pero era lo que tenía que hacer. Lo único que ahora podía hacer. Más tarde, pensaba, mientras nadaba junto a Samuel y le cogía de la mano, buscaría la manera correcta de detener el genocidio que estaba sufriendo su gente... o castigaría a los humanos con sus mismas armas.

Solo existía una moneda y dos caras que dividían el destino. Y él, con aquellos actos que, aún sin saberlo, marcarían una época, ya había hipotecado su futuro a cambio de una oportunidad...

IV

El primer buque llegó a la mañana siguiente, a pocos kilómetros de donde habían dormido: una cueva submarina dentro de un iceberg, en el que las temperaturas eran lo suficientemente estables como para dormir un par de horas seguidas sin temor a morir congelados.

Fue el susurro de Mara, lejano y cada vez más apagado, lo que le advirtió a Samuel que el enfrentamiento ya era inevitable. Y aunque durante muchos años había esperado un susurro que le diera libertad para tomarse la justicia por su mano, aquella certeza, aquel murmullo, le pesó profundamente en el corazón.

Samuel miró a Óscar y algo en él se quebró. Verle dormido a su lado, con el pelo acariciado por las dulces corrientes, era algo con lo que siempre había soñado, desde que lo conocía.

Y ahora... aquella visión se le antojaba tan única e irrepetible que sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. En esos momentos hubiera dado todo lo que tenía y también lo que había tenido una vez solo para alargar esos segundos, esas caricias sumidas en la duermevela y que, arrojadas por el frío, parecían eternas.

Pero no lo eran.

Y Mara también lo sabía.

---Puedo oírte pensar incluso dormido.

La voz de Óscar reverberó en el profundo silencio polar y provocó que Samuel se estremeciera visiblemente.

---Mara nos ha llamado ---murmuró este en contestación y se obligó a tener las manos quietas. La falta de su piel bajo los dedos le causó una desolación incluso mayor, pero ya no tenía tiempo para nada más. Ni siquiera para un último encuentro---. Tenemos que marcharnos. Pueden empezar con el vertido en cualquier momento.

Óscar asintió y se desperezó con rapidez, a pesar de que, al igual que Samuel, todo su cuerpo y mente se rebelaba ante la idea de entrar en batalla.

¿Cuánto hacía que su pueblo no tomaba las armas? ¿Y cuánto tiempo había pasado desde que su entrenamiento había terminado...? Ni siquiera estaba seguro de si podría recurrir otra vez a su magia, a ese legado de Mara que, en teoría, aún corría por sus venas.

Abrió y cerró las manos durante unos segundos y después, suspiró. El cosquilleo de la magia seguía ahí, débil e inconstante, pero vivo a pesar de todo.

---Mara ya ha avisado a los demás. Llegarán mañana, con las primeras luces ---informó Samuel en voz baja, mientras ambos aleteaban y dejaban el refugio atrás---. Todos están cansados, pero están dispuestos a plantar cara a los humanos. Hasta las últimas consecuencias.

---Hasta las últimas consecuencias... ---repitió Óscar y sintió que el corazón se le rompía un poco más. No obstante, ya había tomado una decisión, y sobre ella moriría si era necesario---. ¿Cuántos barcos son?

Samuel se encogió de hombros. El susurro de la sirena de cristal era muy difuso, pero hablaba de un número importante.

---Quince. Quizá alguno más. No la escucho bien desde aquí.

---Quince... ---Óscar masticó el número varias veces, hasta que su mente, agitada y llena de viejas ideas, le hizo detenerse---. Necesito... necesitamos ayuda. Ayuda inmediata.

---¿Y qué cojones pretendes? ¿Llamar a tus amigos humanos y bombardearlos? No creo que estén muy de acuerdo, francamente.

---Tengo muchos más amigos, imbécil. Amigos que tú no pareces recordar ---le regañó, mientras

se detenía y miraba a su alrededor. Vio un claro de rocas grises, brillante de esquirlas de hielo y luz del día, y sonrió---. Amigos que han estado siempre aquí, desde tiempos inmemoriales.

Samuel tardó un momento en percatarse de a qué clase de "amigos" se refería. Sus ojos se abrieron mucho debido a la sorpresa, pero después se llenaron de una alegría salvaje que no pudo, ni quiso, contener.

---¿¡Vas a traerlo de vuelta?! ¡¿En serio?!

---Voy a intentarlo, que no es lo mismo. Ya no me acuerdo de como se hacían estas cosas --- murmuró para sí y observó el claro con más detenimiento. No tardó en descubrir el norte y el sur, y también el miedo a la magia que había desarrollado en sus años como humano. Aun así, tomó aire e hizo un gesto para que Samuel se apartara y le dejara espacio para lo que tenía que hacer.

Al principio, ni siquiera fue capaz de recordar cómo colocar las manos. Las palabras de los cánticos antiguos se le atascaron en la garganta y en el raciocinio, así que durante unos largos minutos, simplemente, no pasó nada. Solo silencio y quietud. Y frío, mucho frío.

Y ni siquiera así, con los minutos transcurriendo entre burbujas y con un Óscar cada vez más perdido, Samuel dudó de sus capacidades, de su vieja forma de vivir. A fin de cuentas, pensaba, ¿no era esa su naturaleza? ¿no era lo que le hacía ser quien era? ¿no llevaba la magia junto al corazón, aunque no siempre la buscara?

---No puedo hacerlo ---susurró entonces Óscar, desesperado, mientras luchaba contra el paso del tiempo y su propia mala memoria---. Hace tanto tiempo desde que lo vi por última vez... Puede que ni siquiera esté vivo.

---¡Venga ya! ---Samuel hizo una mueca de brusca indignación pero no hizo amago de acercarse. Quizá porque sabía que si lo hacía en esos momentos, Óscar jamás volvería a confiar en su naturaleza---. Se acaba el tiempo. Si no vas a traerlo, deberíamos marcharnos.

Óscar frunció el ceño y miró de nuevo a su alrededor. El agua fluía helada y brillante, llevando pequeñas motas de luz de un lado para otro, algunos peces de agua fría le contemplaban impasibles mientras le dejaban atrás, mientras seguían su vida sin saber que esta podía terminar en unas horas.

Se estremeció y cerró los ojos, en un nuevo intento de acercarse a la magia, a su magia. Movido por el instinto y quizá por un nimio susurro de Mara, el tritón colocó las manos con las palmas hacia adelante y luego, guiado por la presencia de su madre y del que siempre había sido el amor de su vida, murmuró algo ininteligible que sacudió los cimientos de aquella marea.

El resto fue, sorprendentemente, muy sencillo. Con una naturalidad que lo asustó, Óscar desgranó movimiento tras movimiento, palabra tras palabra. Sus manos se tiñeron de magia anaranjada y brillante, y creó estelas con cada gesto que, poco después se afianzaron en un portal que giraba y giraba, un vórtice de magia sirenea que bebía de sus escasas fuerzas y que se obligó a mantener ante el apremiante susurro de Mara.

Entonces, lo oyeron.

Un aullido prehistórico que reverberó en cada onda y revotó en cada pared de hielo. Un grito viejo y descarnado que desprendía aroma a cuentos viejos.

---¡Sal! ---suplicó entonces Óscar, con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo, temblorosos y absolutamente helados---. ¡Sal y lucha para mí! ---gritó, con sus últimas fuerzas, mientras hacía un último gesto para abrir el portal aún más grande, tan colosal que los icebergs de alrededor se estremecieron y se quebraron.

Y en ese momento, mientras las altas cumbres se derrumbaban sobre el océano helado y mientras Óscar luchaba para contener el torrente de magia que había liberado, la criatura invocada abandonó su realidad para adentrarse, lentamente, en la nuestra.

---¡Está vivo! ---Samuel sonrió con amplitud y ferocidad, pero no se acercó aún a ninguno de ellos. Dejó que el kraken, de un blanco puro de marfil, entrara en su mundo y se acostumbrara a las aguas.

Solo cuando Óscar cerró el portal, aún con la cabeza llena de susurros y magia, se permitió el lujo de alcanzarle y estrecharle con fuerza contra sí.

---Ahora sí tenemos una ventaja considerable ---susurró y cogió su barbilla con delicadeza para comprobar que el ritual no se le había llevado. Tardó unos segundos en encontrar la chispa que siempre brillaba en sus ojos pero, cuando la encontró, esbozó la más luminosa de las sonrisas---. ¡Te dije que podías hacerlo!

Entonces le besó, sin más miramientos. Entregó sus labios y su corazón en mitad de aquella nada helada, cuyo fondo se turbaba por la inmensa figura de la legendaria criatura, consciente de que, quizá, aquella fuera la última vez.

El kraken, de nombre Mhaaz, era una criatura maravillosa. Su linaje era antiguo y su magia, poderosa. Sin embargo Óscar sabía que, a veces, ni la magia ni los dioses podían hacer nada para combatir al ser humano. Especialmente si se tenía en cuenta que ellos aún eran jóvenes según los cálculos de su gente.

Pero no quedaba otra salida, ya no.

Mhaaz llevó a los tritones a través de los pocos kilómetros que les separaban de los barcos. Allí, salvo por unas pocas placas de hielo sólido y los barcos que llegaban poco a poco, no había nada. Nada en absoluto.

Y eso era, precisamente, lo que lo convertía en el mejor escenario para una masacre.

Fue el kraken el que derramó la primera sangre. Surgió del mar en calma con un rugido agudo y desagradable, que provocó que aquellos hombres que estaban en la cubierta cayeran de rodillas con las manos en los oídos, incapaces de escuchar aquel siniestro grito de guerra.

---¡Derriba primero a los pequeños! ---gritó Óscar a Mhaaz y este extendió los tentáculos para abrazar al primero de ellos. El acero chirrió con fuerza en aquel inmenso silencio y se convirtió, al poco, en un coro de pesadilla: el silbido de las balas, los gritos y las órdenes a viva voz, los alaridos de quienes caían aplastados por la fuerza del cefalópodo. Y después, el desgarrador rugido de dolor de la criatura, pues aunque poderosa, sufría por sus múltiples heridas.

---¡Tenemos que dividirnos! ---Samuel cogió a Óscar de la muñeca y le señaló los dos barcos más próximos que, como los demás, trataban de girarse en dirección al animal---. ¡Mhaaz nos hace de escudo, es el momento de hacer daño!

Y así, con aquellas palabras, el guerrero nadó en dirección al primer barco, un buque de mercancías pequeño y pesado que aún no había reparado en ellos.

Óscar tragó saliva pesadamente, con el corazón latiéndole dolorosamente en la garganta. Sin quererlo, siguió a Samuel con la mirada y observó como el guerrero levantaba las aguas para impulsarse dentro del barco. Y cuando este se le tragó y ya no fue capaz de verle, se obligó a coger su espada y a imitarle, aunque le costó un mundo desenvainar ante la mirada atónita de los marineros que se giraron hacia él.

---Me habéis obligado a hacer esto ---les informó, con tristeza y cuando uno de estos le apuntó con una pistola temblorosa, se dejó llevar por la rabia que había acumulado durante los últimos años.

Fue sorprendentemente sencillo: su cuerpo se impulsó hacia adelante, cubierto solo por la armadura que Samuel había transportado hasta allí y que un lugar humano destacaba por sus extraños materiales, y bastó un solo movimiento de su mano derecha para que el acero segara la

vida del humano. La sangre se desparramó por el suelo y tiñó el filo de la hoja con sangre y el ambiente de un silencio sepulcral que no tardó en desvanecerse, apabullado por los gritos roncoss de venganza e ira que suscitó aquella primera muerte.

Pero tras esa, hubo más, muchas más, porque ninguno de los dos odios que allí se enfrentaban iban a dar su brazo a torcer.

De aquel choque el que peor lo pasó, con diferencia, fue Óscar. A pesar de todas sus decisiones, de todos sus desvelos, aún recordaba su época humana y saber que aquella carne que se abría bajo su espada, como si de mantequilla se tratara, le resultaba escalofriante.

Ya ni siquiera era capaz de escuchar nada de lo que sucedía a su alrededor, como tampoco escuchaba su propia respiración agitada y los gemidos de dolor que, de cuando en cuando, brotaban de sus labios.

No ocurría lo mismo con Samuel. Su entrenamiento marcial, sumado a las ansias de salir de allí y regresar a casa le hostigaban de una manera demencial y lo convertían en una bestia inhumana que se movía ágilmente por la cubierta, como un demonio mitológico que castigaba a los paganos.

Pero ni siquiera aquella fuerza arrolladora era suficiente para contener a aquellos que solo se movían por sus propios intereses.

Fue Samuel quien recibió la primera herida de importancia. A pesar de su agilidad sirenea, el tritón fue incapaz de vigilar a todos los marineros. Esquivó varias balas, detuvo a duras penas un golpe bajo y se giró para proteger su flanco de una puñalada a traición. Sin embargo, aquel gesto desgarrado y desesperado supuso que su lado izquierdo quedara desprotegido y fue allí, en tan solo un segundo, donde la hoja de una navaja penetró su carne hasta alcanzar el hueso de la cadera.

El dolor fue increíblemente punzante. El calambre que sintió trepó hasta su estómago y le provocó unas náuseas intensas y desagradables, que a punto estuvo de doblarle en dos.

Pero no se dejó vencer. Su sangre, su vida y también su propio orgullo le llevaron a degollar al marinero con un gruñido animal. Después se giró, siseó a los demás como haría un felino y liberó parte de su magia para hinchar los músculos y dotarlos de brío renovado. Una niebla violeta, poco densa pero visible, se derramó de cada uno de los poros de su piel, hasta que el veneno que extendía fue tan potente que el barco cayó entre desagradables toses y silbidos de moribundos.

---¡Óscar! ---gritó, mientras atraía la niebla hacia sí y se acercaba al único punto desde donde podía ver a su pareja. Lo encontró allí, cubierto de sangre roja y con la mirada perdida en los miembros apuntados de Mhaaz, que ahora flotaban sobre la oscura agua---. ¡Óscar!

Este lo miró. En sus ojos se podía adivinar una desolación inmensa, un dolor que nacía de lo profundo de su alma. Pero también brillaba en ellos una determinación férrea, una determinación que lo llevó a saltar al agua de nuevo para encarar con furia el siguiente barco.

Sin embargo... su esfuerzo se deshizo en cuanto escuchó sonar la alarma del buque más grande: un petrolero viejo y achaparrado, cuyas manchas de óxido eran visibles incluso sin llegar a verlas. Olía a pintura vieja, a pescado podrido y a crudo envenenado.

---¡Soltadlo ya! ¡Que les follen a los peces!

Aquel grito paralizó a Óscar, pero no así a Samuel. Este se lanzó al agua, se hundió en sus profundidades para esquivar las balas y levantó una ola que lo empujó contra la cubierta de ese buque. Allí se encontró un panorama desolador: decenas de tripulantes, todos armados, todos alejados de la verdadera vida marinera y hundidos, hasta el fondo, en el cieno de la piratería.

Ellos ni siquiera dudaron al verle, pues sí conocían la existencia de su pueblo. Enarbolaron las armas sin piedad y apretaron el gatillo uno a uno, hasta que los chillidos de dolor de Mhaaz y el del acero al ser aplastado se vieron relegados a un segundo plano.

Samuel supo que ni toda su magia serviría para detener aquella ingente cantidad de balas. Aún así, sintió que una parte muy profunda de sí mismo se alzaba en ese instante, al igual que la niebla morada que hizo, a duras penas, de escudo.

---¡Aguanta!

La voz de Óscar se le clavó en el pecho, dolorosamente real. Quizá por eso su magia aguantó unos segundos más. Quizá por eso soportó el mordisco de aquellas balas que atravesaron la barrera.

Samuel gimió de dolor y deshizo la niebla violeta con un ademán furioso. Frente a él, Óscar mantenía una barrera aún mayor, de un naranja brillante que centelleaba con fuerza.

---No aguantaremos ---susurró el guerrero mientras se levantaba pesadamente y cogía de nuevo sus cimitarras---. No los contendremos a tiempo.

Su compañero no contestó. Se limitó a convertir un brazo de niebla en su nueva arma, un arma biológica que secaba los ojos y el cerebro y que dejaba a los seres humanos hechos un guiñapo babeante.

Pero sabía que Samuel tenía razón. Los refuerzos no llegarían a tiempo y ellos morirían sin haber cumplido su misión, porque era evidente que el petrolero se disponía a descargar el veneno, sin importarles si ellos estaban allí o no.

Un grito desenfadado y voraz estalló en su oído. Aquel sonido rezumaba desesperación y rabia, y supo, sin necesidad de girar la cabeza, que era Samuel quien lo había liberado.

---¡Hijos de puta! ---estalló, mientras, como una sombra, se deslizaba entre sus contrincantes y, a duras penas, les arrancaba la vida---. ¡No tenéis ni idea de lo que me habéis quitado!

Pero Óscar sí lo sabía, porque a él también le estaban arrebatando todo, absolutamente todo: su vida, su madre, su reino... y también la única posibilidad que tenía de volver a amar.

Apretó los dientes. Contuvo las lágrimas como pudo y, al sentir a Samuel detrás, espalda con espalda, dejó que la niebla que había invocado se expandiera un poco más y los cubriera a ambos.

Después, cayó de rodillas... y lloró.

El grito descarnado de Mara fue lo único que sacó a Óscar de aquella espiral de dolor y desesperación en la que estaba sumido. Levantó la cabeza, aturdido, y observó lo que tenía alrededor con agotamiento: Samuel dejándose la piel, cimitarra en mano, bañado en una sangre que ni siquiera sabía si era suya... y una ingente cantidad de cadáveres a su alrededor.

Giró la cabeza hacia el otro lado, lentamente, como si el tiempo fluyera en esos momentos a otro ritmo y contempló lo poco que quedaba de Mhaaz: una amalgama de miembros heridos, desperdigados sobre las olas y ya sin vida, que flotaban sobre un océano turbio y lleno de gritos humanos.

---¡No te rindas ahora!

La voz de Samuel lo sacó del crudo ensimismamiento en el que estaba sumido.

---Ya no podemos hacer nada ---susurró, quedamente---. Han soltado el vertido.

Sabía que no mentía, aunque desde donde estaban no podían ver aún el rastro oscuro que, gota a gota, se derramaba sobre la existencia de su madre.

---¡Me niego a que nos condenes de esa manera! ¡Lucha hasta el final, maldita sea!

---¿Qué...? ¿Cómo? ¡Ya nos han vencido! ¡Ya no hay nada que hacer!

El gesto sombrío del guerrero se turbó un poco más. Se llevó la mano a la cadera herida y se arrodilló frente a Óscar, para que este le mirara a pesar de su abandono.

---Siempre hay algo que hacer. Siempre, Óscar ---susurró y apoyó la mano sobre su corazón, allí de donde nacía la magia que los había mantenido vivos durante tanto tiempo---. Aunque eso

suponga no volver a vernos.

El estallido de dolor que sintió en ese momento fue tan visceral y profundo como la herida que le habían hecho a Samuel. Aquella afirmación le transportó a una época casi olvidada entre sus recuerdos, una época en la que apenas eran unos niños y vivían bajo el dulce amparo de las nodrizas, que les hablaban en susurros acerca de la magia que les daba la vida.

"Aunque eso suponga no volver a vernos"

Se estremeció.

Aquella idea le resultaba tan absoluta y tan aterradora que, aunque sabía que era la única opción, no pudo evitar palidecer.

---¿Renunciar a la magia? ¿Renunciar a nuestra existencia?

---La magia, nuestra magia, es solo una pequeña parte de lo que somos. ---Samuel sonrió con ternura y acarició su mejilla ensangrentada---. Quedarán en la memoria nuestro recuerdo y nuestras hazañas, porque serán estas las que los salven a ellos... y a Mara.

---Pero no volveré a verte ---murmuró, con aceptación, a pesar de que esa frase era, en sí misma, absolutamente demoledora---. Nunca. Ni en el reino de los cielos.

Samuel asintió y se inclinó hacia él. Sus labios rozaron los de Óscar durante un momento, anhelantes, y después dejó que otro segundo más se apoderara de ellos y los permitiera disfrutar de un último minuto.

---Te quiero. ---Samuel rozó su nariz con la de Óscar, mientras una solitaria lágrima descendía por su mejilla ensangrentada---. Siempre te he querido. Desde que te vi salir de la Caracola.

---Y me seguirás queriendo ---susurró Óscar mientras tiraba de él y lo abrazaba con fuerza, con los ojos cerrados y el corazón latiéndole desacompañadamente---. En esta vida o en otra, no importa. Nunca me separarán de ti.

Un nuevo aullido procedente del mar les sacudió a ambos, como si este fuera un golpe físico. La agonía de Mara ante el contacto con el vertido era horrible y punzante, como agujas incrustadas en la piel y en los huesos.

El tiempo se acababa y ya no daba más segundos que rascar a la eternidad.

---Lo haremos juntos ---ordenó Óscar, mientras se levantaba y le ofrecía la mano al guerrero---. Si tengo que morir, que sea contigo al lado.

---No se me ocurre una mejor manera.

Samuel sonrió y se incorporó. Después aceptó su mano y la apretó con fuerza, muy poco dispuesto a soltarle.

Ambos se lanzaron desde la cubierta del petrolero. El agua que rodeaba a este empezaba a tornarse negra y pegajosa, pero ellos la atravesaron con facilidad y bebieron, por última vez, del frescor de su hielo impoluto.

Y fue entonces, mientras la oscuridad del crudo se extendía por las aguas, cuando ambos tritones abandonaron todo aquello que, durante siglos de existencia, les había convertido en criaturas únicas. Aquella magia ancestral que les había dado la vida y que ahora, tanto tiempo después, iba a detener aquella corrupción.

La barrera surgió en el mismo momento en el que Óscar y Samuel disolvieron sus cuerpos en magia arcana. La fuerza de su determinación hizo que esta estallara hacia arriba, hacia el cielo, que se tiñó de naranja y violeta y derramó lágrimas coloridas sobre la negrura.

Y así, con cada gota, con cada diminuta chispa que caía en el crudo, se formaba una onda de color que consumía aquel veneno y lo hacía desaparecer, dejando solo la calma de las aguas heladas.

Aquel ritual solo duró unos minutos, aunque para los que observaban, incrédulos, pareció una

eternidad de belleza incontrolable. Una belleza que, muy a su pesar, sacudió los cimientos de sus pensamientos, pues eran conscientes de que aquel espectáculo tenía que ver con las extrañas criaturas que les habían abordado... y que ya no estaban en ninguna parte, salvo en lo más reciente de su memoria.

Sin embargo, aquel momento marcaría un antes y un después en la historia de la humanidad. El sacrificio de los dos tritones quizá pasó desapercibido para aquellos que siempre caminaban sobre dos piernas, pero no ocurrió así con la comunidad sirenea, que sintieron aquellas muertes como algo propio.

De hecho, fue Mara quien sintió en el fondo del corazón la pérdida de sus hijos, pues fue incluso más doloroso que el tormento al que le habían sometido los humanos. Acurrucada en su Caracola, Mara lloró lágrimas de sangre y devastación durante lo que pareció una eternidad de tiempo.

Pero cuando abrió los ojos, mucho después, lo hizo con un renovado brío. Con rabia en la mirada. Con las pupilas veladas de dolor y determinación.

Y cuando salió de su hogar y empezó a cantar, las mareas se estremecieron y vibraron al compás de su voz, de su antigua y poderosa voz. Las corrientes se sacudieron, las olas se retrajeron y, durante unos momentos de silencio y horror, abandonaron todas las costas.

Aquella iba a ser su última canción, su último golpe a un mundo que se había empeñado en quitarle lo que más quería: así que ella haría lo mismo. Y por eso, liberó a las mareas en todo su frenesí, aquí y allá, en todos aquellos puntos en los que su reino colindaba con el de los humanos.

La devastación fue inconmensurable. Los tsunamis y maremotos se repartieron a lo largo y ancho del globo y arrasaron poblaciones enteras, campos de cultivo y también los pocos árboles que quedaban en aquel mundo destrozado.

Aquella canción de venganza se escuchó por todas partes, hasta que las aguas se retiraron y Mara sintió que el corazón se le tranquilizaba un poco en el pecho.

Solo entonces dejó de cantar.

Solo entonces dejó que el silencio se expandiera por sus aguas.

Solo entonces decidió no volver a entonar ninguna melodía.

Al menos, pensó, mientras nadaba en dirección al frío norte con rapidez, hasta que recuperara a sus dos pequeños del reino de los muertos...

V

---¡No podemos continuar así!

La voz del que era en aquel momento el presidente del país más poderoso del mundo resonó en el anfiteatro y se amplificó gracias al micrófono que había frente a él. Tras su proclama, el silencio absoluto.

Su labio inferior tembló cuando se dirigió a sus colegas de profesión: mandatarios, asesores, expertos en desastres naturales, en economía... una centena de peces gordos, cuyo poder estaba muy por encima de las aspiraciones mortales.

---Llevamos casi tres días de tsunamis y terremotos ---empezó a decir, sin el tono calmado que siempre le había caracterizado---. Tres días de masacre. De GENOCIDIO. Tres días en los que las sirenas han movilizadо contra la humanidad el poder que siempre han tenido sobre las aguas. Y, ¿por qué? ¿Que alguien me diga quién ha sido el gilipollas que ha permitido que esto ocurra!

Se hizo un hondo silencio en la sala. Algunos no decía nada porque no tenían ni idea de qué había podido ocurrir. Otros, en cambio, callaban por vergüenza.

Fuera como fuera, el mal humor del presidente volvió a azotarle cuando volvió a hablar.

---¡Nos están cazando como a animales, joder! ¡¿Es que no os dais cuenta, panda de cenutrios?!

---¿Y qué pretendes que hagamos, exactamente? Los residuos químicos siempre han ido a parar al mar ---explicó uno de los políticos, ese, precisamente, que estaba al tanto de como su gobierno había pactado con los piratas para deshacerse de unos residuos que llevaban la tarjeta de "peligrosos".

---¡Cambiando, señor Hernández, cambiando desde la base! El Tratado de la Especie es ahora una ley universal, una ley inviolable. ¿Y sabéis por qué? ---preguntó, con rabia, mientras levantaba un periódico y enseñaba la catastrófica portada---. ¡Precisamente por esto! ¡¿Es que sois incapaces de ver más allá de vuestras narices?!

El silencio volvió a aposentarse sobre la sala.

---¿Os dais cuenta de lo que supondría que el Tratado saliera a la luz? ---El hombre volvió a tomar la palabra, esta vez con suavidad---. ¿Creéis que la humanidad, tal y como la conocemos ahora mismo, está preparada para conocer la existencia de las sirenas y de su reina? ¿De su magia? ¿De verdad sois tan ilusos como para pretender que esto quede en agua de borrajas? ¿En algo que solo el clima puede explicar? ---Negó con la cabeza y, mientras se dejaba caer en la silla, se llevó las manos al rostro, macilento y cansado---. Entrad en internet y leed las teorías. Algunas no son tan descabelladas, ¿sabéis? Hay quien afirma que es una venganza de la naturaleza contra esos humanos que, como sanguijuelas, siguen desangrando al mundo. No es una idea muy desacertada.

---¡Pero sin los químicos volveremos a la edad de piedra, por el amor de Dios! ---Uno de los diputados se levantó, pálido como un muerto---. ¿De qué sirve tanta tecnología y tanto progreso si ahora, por culpa de esos... seres, tenemos que olvidarnos de todo lo que nos hace humanos? ¿No sería preferible declararles la guerra oficialmente y extinguir la raza? Ya lo hemos hecho anteriormente con otras criaturas.

---Con animales ---especificó el presidente, con sorna---. Con otros humanos. Con algunos virus. Pero nunca nos hemos enfrentado a nada que pertenezca a lo que se supone que es folclore. ¿Y sabe una cosa, señor Lin? El océano ocupa una extensión mucho mayor que la de la tierra. ¿De verdad quiere averiguar por las malas cuántas de esas criaturas están dispuestas a quitárnoslo todo? Porque yo no, ¡desde luego!

Tras sus palabras se acercó una miríada de murmullos y conversaciones que no se esforzó en sofocar. Bien sabía que su discurso había sembrado el miedo en el corazón de muchos. Quizá así, pensó, con este oprimido por los acontecimientos, el mundo cambiaría por fin, tras muchas intentonas abocadas al fracaso.

---Tenéis mucho que pensar ---aceptó el hombre, con suavidad---. Mucho que asimilar. Os recomiendo encarecidamente que deis un paseo mientras dura el descanso: después los miembros ecologistas de las formaciones políticas expondrán un informe con medidas que podremos tomar de cara a una posible reconciliación.

No dejó que ninguno le contestara. Se levantó de inmediato, haciendo un gesto a sus guardaespaldas para que lo acompañaran fuera. Al sol, en mitad de una calle sumergida en el miedo a la destrucción provocada en las últimas horas, se encendió un cigarrillo mientras pensaba en sí, con ese gesto, estaba provocando una nueva contienda con a saber qué bicho volador.

Suspiró profundamente e inhaló el humo, agotado. Sentía que la cabeza le iba a estallar en cualquier momento. ¿Cómo era posible que la responsabilidad pesara tanto en él?

El dolor punzante que pulsaba en el fondo de sus ojos se incrementó cuando un rayo de sol brillo con algo más de intensidad. Molesto, emitió un quejido y dio un par de pasos hacia atrás. Justo en ese momento, del edificio que acababa de abandonar, apareció una mujer morena con cara de tener mucha prisa.

---¡Señor, tenemos noticias!

---¿Qué ocurre ahora?

---Han dado con el paradero de uno de *ellos*. Inteligencia cree que es conveniente solicitar una reunión con su... gobernante. Quizá llegar a un nuevo acuerdo. ---El gesto de la mujer se oscureció a medida que el hombre se acercaba. Y cuando llegó, se limitó a mostrarle el ipad iluminado con la última hora mundial: un nuevo tsunami había asolado las playas de la zona oeste de Haití. Los muertos eran incalculables en esos momentos---. ¿Envío a los negociadores?

Él asintió, con el ánimo por los suelos. ¿Cómo iba a entrar ahora en esa sala? ¿Cómo evitar que los partidos más radicales declararan la guerra a esas criaturas? Ni siquiera estaba seguro de cómo hablarles en el día a día, mucho menos ahora que los ánimos estaban muy crispados.

Lo único que tenía claro era que estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio por el bien general de la tierra que habitaba.

Pero no estaba loco, y siempre se le había conocido por prudente.

---Sí ---contestó---, que vayan los mejores. Esta situación es de vida o muerte.

---¿Las condiciones...?

---Se negociarán, sean las que sean. Me buscaré las mañas para convencer a los más imbéciles.

La mujer asintió y cogió el móvil, mientras se alejaba calle abajo a toda prisa. Él se quedó allí, sin moverse, con la mirada aún fija en la cobertura mundial del desastre "natural". El espectáculo, dantesco y sin censura alguna por parte de las cadenas de televisión, mostraba un horror latente, una sensación de desagradable vértigo que empezaba a oler a cadáver y a mar.

Se preguntó, mientras volvía al interior del edificio gubernamental, hasta dónde llegaría la venganza de aquella sirena desconocida.

Mas, cuando entró de nuevo en la sede del parlamento, ya había reorganizado sus argumentos y su discurso, que dejó ir en cuanto vio que tenía la atención de todos los presentes. Levantó el ipad y sonrió, tristemente:

---Las cifras aumentan y el tiempo se nos acaba, señores...

La ira de Mara no mitigaba.

Con cada brazada que daba, con cada aletazo de su cola, sentía el dolor de su reino clavarse en su cuerpo físico, como si el agua que siempre le había dado sustento, ahora fueran finas agujas atravesando el cristal que protegía su vieja alma.

Hacía mucho tiempo que no abría los ojos así, con tanta rabia en el fondo de sus cuencas. Pero tras cientos de años sufriendo en el interior de su Caracola, había almacenado una energía prodigiosa, una fuerza descomunal y efímera, que usaría solo para aquel viaje.

Y mientras llegaba a su destino, la liberaría como tenía que haber hecho antes, mucho antes, cuando los humanos eran solo un cosquilleo en sus costas. Mas ella siempre había sido una criatura pacífica, una soñadora envuelta en olas azules y blancas, que abandonaba de cuando en cuando su crisálida de cristal y se perdía en el murmullo de las corrientes..., ¿cómo habría imaginado lo molestos y desagradables que iban a ser los humanos al dejarlos prosperar? ¿En qué cabeza habría cabido la cantidad de atentados que habían realizado contra su persona, sin provocación anterior?

Durante un tiempo, consideró aquellos ataques como algo inherente al miedo y a la necesidad humana por acaparar todo lo que tenía alrededor. No por nada eran criaturas efímeras, cuya vida era rápida e intensa, que se agotaba ante lo que era un suspiro de su especie. Por eso mismo les permitió alimentarse de su reino, poco a poco, en un intento por limar asperezas con aquellos neonatos. Pero, con el tiempo, lo que era solo un hormigueo incómodo, se transformó en ardor y este, poco más adelante, en un dolor intenso y generalizado que provocó su reclusión en la Caracola.

No le costó averiguar qué había ocurrido: los rumores y las noticias llegaban por todas partes, desde las lejanas costas del ártico, donde habitaban las *sirenas frías*, a las cálidas bahías del sur, donde las *coralinas* aún luchaban por conservar su hogar de esa magia negra y oscura que usaban ellos para sobrevivir.

Por aquel entonces Shendaii ---Óscar, cuando decidió ir a la tierra a vivir---era apenas un renacuajo que pululaba por Calípede sin saber que su madre enfermaba cada día más.

Ah, Shendaii... su vuelta había supuesto un latido de alegría en su pecho de cristal. El tiempo había corrido de diferente forma tras su marcha, pues era la primera vez que uno de sus hijos, de sus adalides, abandonaba las aguas con la misión de proteger su hogar.

Y él... no solo había cumplido con su parte de la misión, también había logrado despertar en ella esa vieja vitalidad que ya creía moribunda.

La sirena de cristal refulgió cuando la luz sol atravesó las aguas e impactó, temblorosa, sobre las duras escamas de su cola. Un destello irisado recorrió el lateral de su cuerpo durante un instante, antes de morir bajo las sombras de los arrecifes que crecían allí, lejos de la ciudad abisal en la que se había criado.

Mara se dirigía al lugar donde Óscar y Samuel habían caído, en el lejano norte. Sabía que en alguna parte de aquel gélido e improvisado cementerio encontraría uno de los mayores secretos que su linaje había ocultado al mundo, incluyendo el sireneo: las perlas de sangre.

Estas, diminutas y de un resplandeciente color rojo, eran el único contenedor de la magia marina: se situaban un poco más abajo del corazón, en un rincón conectado al sistema nervioso, que era el encargado de llevar la magia que caracterizaba a su raza, por todo el cuerpo. Sin embargo, aquellos pequeños nódulos mágicos existían desde hacía mucho tiempo, tantísimo que, afortunadamente para el equilibrio de su reino, su verdadero uso y significado había caído prácticamente en el olvido.

Pero ella, como regente, sí estaba al tanto de ese secreto oculto entre las mareas: las perlas de sangre no solo contenían la magia dentro de una sirena o tritón. También lo dotaba de vida, de

energía y de pureza. Y en su interior, protegido por la misma magia que prodigaba con cada latido, yacía la verdadera esencia de su criatura. Todo lo que era, todo lo que había sido... todo lo que alguna vez sería.

Mara sintió que el corazón le latía con más fuerza ante la idea que tenía en mente y que, perezosa y aún hostigada por su convalecencia, aún tardaba en despegar. No tardó en descubrirse a sí misma nadando como lo hacía antes, con la cabeza llena de recuerdos de otros tiempos, con la voz de su madre entonando las canciones que a ella más le gustaban, mientras sus labios cristalinos se movían al compás de una letra sin música, sin emitir un solo sonido.

Cantaría, se juró a sí misma, en cuanto tuviera a Samuel y a Óscar de nuevo entre sus brazos. Y lo haría como nunca antes lo había hecho, porque tras el sacrificio que habían hecho ambos por ella no podía ser de otro modo: les devolvería la vida... con vida.

Finalmente, tras tres días de viaje ininterrumpido por las corrientes más rápidas y frías, la sirena de cristal abandonó la aparente calma de la zona más poblada de su reino y se internó allí donde casi no había nada, solo el silencio tintineante y el quejido de los glaciares.

Aún así, no le costó encontrar el lugar de la batalla: el leve quejido del agua corrupta, las ondas que el ejército había originado con su movimiento, la magia que aún emanaba de las olas, de su espuma, de cada partícula curada que ahora bullía en el océano. Todo era como un hilo que tiraba de su voluntad hacia una zona en concreto.

Así que, haciendo acopio de fuerzas, la sirena nadó bajo la capa de hielo que sellaba su reino. Viajó bajo la tierra durante un tiempo y luego cambió de rumbo y se adentró más en mar abierto, lejos de los hielos perennes. Allí el fulgor de la magia era aún más brillante y, como un sendero de brillantes motas, refulgía entre las corrientes. Por desgracia, la belleza de aquel momento no tardó en quebrarse. Frente a ella, entre los fragmentos de un iceberg, encontró lo que tanto buscaba: los restos de una batalla cruenta, despiadada y violenta, cuyo final llevaba tatuado ella a modo de fisura en su coraza cristalina.

Las sirenas y tritones no tardaron en verla y, aunque aún estaban inmersos en la furiosa alegría de su victoria en la contienda, enmudecieron ante su paso, perplejos.

Mas Mara no giró la cabeza para saludar a un pueblo que, posiblemente, era la primera vez que la viera viva. Se limitó a asentir, en un gesto suave y seguro, propio de una madre, que sirvió para que los guerreros se limitaran a saludarla, golpeando, de una vez, la armadura que cubría sus pechos.

No necesitó más que una mirada de soslayo a los barcos semihundidos para comprender el salvaje paisaje que la rodeaba: allá donde mirara solo atinaba a ver trozos de cuerpos, el rojo de la sangre aún tiñendo las aguas, como una mancha desagradable que no desaparecía del todo, y fragmentos de acero diseminado por aquí y por allí. Y después, rodeando aquella carnicería, lo que quedaba del kraken.

Mara gimió de dolor. No era un dolor tan físico como el que le había hecho el vertido, pero resultaba igual de impactante. Ver a su pueblo sin vida, flotando dócilmente en el agua, junto a los hinchados cadáveres humanos y animales, fue un doloroso golpe de realidad que solo acentuó ese ocio incipiente que nacía hacia el mundo terrestre. Su desanimo aumentó cuando se dio cuenta de que allí había demasiadas perlas de sangre.

¿Cómo iba a encontrar a Óscar y a Samuel entre tanto caos?

Fue entonces cuando otra sirena, de aspecto joven, se acercó a ella, como si comprendiera perfectamente el dilema en el que estaba sumida la que era diosa y reina del océano.

---Ellos fueron los que nos brindaron tiempo. ---La voz de la mujer estaba repleto de orgullo---. Juntos. Los dos. Nos dieron la oportunidad de mantenerte con vida.

La sirena de cristal sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de agua pura. Se llevó la mano al corazón, como si este le doliera, y dejó que la joven entrelazara su mano con la de ella para guiarla entre los restos.

Amiisha, la guerrera, llevó a su soberana hacia la zona más profunda del océano, lejos de la superficie infectada. Allí, entre los cimientos hundidos de la tierra, ambas se encontraron con una zona silente, donde solo las burbujas ocasionales de sus branquias estallaban de cuando en cuando, protegida por una corte casi inmóvil de tritones.

---Los honran. Y seguirán haciéndolo durante mucho tiempo.

Ella asintió, pero no dijo nada. Se limitó a nadar hacia el círculo de tritones, que se abrió en cuanto llegó. Allí, protegidas por una corriente de agua, flotaban ambas perlas de sangre, limpias y brillantes, como si ambos tritones se resistieran a abandonar el mundo en el que habían nacido.

Nadie osó levantar la voz cuando la sirena extendió las manos y tomó ambas perlas, con el pulso ligeramente irregular. Después se las llevó al pecho, las acunó con una ternura incommensurable... y sonrió.

Epílogo

La puerta del parlamento se abrió con estrépito. La fuerza con la que ambas hojas se estrellaron contra la pared, provocó un chasquido que puso en alerta a los centenares de ojos que, en aquellos momentos, tenían los ojos clavados en un nuevo vídeo proyectado, cuyo contenido era, cuanto menos, delicado: el horror de los desastres cometidos por la arremetida del océano eran, cada día, más devastadores.

Sin embargo, bastó el sonido de los firmes pasos de alguien al entrar, para que su atención se enfocara en la mujer que, obviando sus miradas de incredulidad, se dirigía al atril que había en el centro de la sala, justo delante del escabroso vídeo.

---Tengo entendido que me estáis buscando. ---La voz de la mujer era gélida, pero estaba llena de tantos matices que, escucharla, simplemente, resultaba un regalo para el oído. Su tono, en opinión de algunos, era similar al susurro del mar... si es que eso era posible de algún modo---. ¿Pretendéis lincharme ahora que estoy aquí? ---preguntó, cerrando los pálidos dedos humanos en torno a la madera---. ¿Vais a cubrirme de inmundicia como lleváis haciendo toda la vida? ¿O vuestra llamada se debe a mi repentino mal humor? ---preguntó, levantando la mano en dirección a las imágenes que tenía detrás.

En cuanto terminó, un coro de voces indignadas resonó por la cámara. En él había muchas voces, y muchos tonos también. Algunos resultaban oprimentes, viejos e insultantes. Otros variaban entre la estupefacción y el miedo.

Mara sonrió y contempló con tranquilidad a los hombres y mujeres que allí se congregaban. Para ella no eran nada más que niños, crías de una especie aún en construcción. Y aunque la habían hecho daño, mucho daño, su paciencia era tan inmensa como su propio reino.

Por eso estaba allí, en persona.

---¡Por favor, señores!

La voz de uno de los hombres se alzó por encima de todas las demás. Vestía de elegante gris, aunque las arrugas de su traje decían mucho de lo estresante que había sido para ellos esos últimos días.

Resultaba muy satisfactorio que, al menos, les hubiera devuelto parte de lo que le habían hecho a ella.

---¡Silencio en el consistorio! ---gritó, desde su propia tribuna, mientras un gobernante de la oposición le increpaba desde la suya---. ¡¡Silencio he dicho, joder!! ---Su exigencia se vio satisfecha unos segundos más tarde, cuando los ánimos se rebajaron tras su estallido. Solo entonces se dirigió a ella---. Yo pedí que te buscaran. Necesitaba hablar contigo fuera como fuera. ---El tic nervioso que tenía desde pequeño y que siempre había conseguido ocultar, decidió hacer acto de presencia en ese momento, así que se pasó la lengua por el labio inferior, inconscientemente---. Estamos dispuestos a negociar, lo que sea. Pero no sigas. Por favor. No... detén esta locura.

---"Locura". ¿A esto es lo que denomináis vosotros como locura? ---Mara asintió para sí, lentamente, como si le costara procesar el concepto---. ¿Y cómo definís entonces a lo que estáis haciendo vosotros? ---preguntó, sin levantar la voz, aún sujeta al atril con manos firmes---. ¿A los vertidos químicos en mi reino sistemáticamente? ¿A la caza de ballenas? ¿A la pesca indiscriminada? ¿A la basura que arrojáis y que matan a mi gente? Decidme, crías insoportables, ¿cómo llamáis vosotros a eso?

---Progreso. ---La voz del presidente, de nuevo, fue la única en atravesar el silencio---. Avance

tecnológico. Revolución ---enumeró, mientras algunos miembros del parlamento asentían, conformes. Sin embargo, su alegato no terminó ahí y fue elevando la voz conforme su rabia e impotencia se desbordaban---. Contaminación. Extinción. Sufrimiento. Decadencia.

Mara asintió en dirección al hombre. Su gesto fue respetuoso, pues su desesperación por cambiar el futuro se le adivinaba adherido bajo la piel. Fue una sensación que, contrariamente a lo que pudiera parecer, le resultó reconfortante.

Quizá por eso su mal humor se mitigó unos grados. Quizá por eso las aguas parecieron calmarse un poco en su continuo azote.

---Es bueno saber que al menos alguno de vosotros tiene un buen sentido del juicio ---admitió, sin dejar de sonreír para sí---. Aunque también espero que seas capaz de transmitir esos valores a los de tu raza ---continuó, tras apartar la mirada del hombre y clavarla en el resto del consistorio. A ellos se dirigió cuando retomó la palabra---. Hoy he venido aquí a advertiros. Simplemente. Siempre he sido una criatura muy tranquila, y no me gustaría que se me tomara por lo contrario. Mas... se acabó. No toleraré ni un minuto más de castigo hacia mi persona y hacia los que habitan en mis aguas. Si pretendéis seguir existiendo en este lugar, por supuesto ---dijo, con sencillez, aunque su amenaza no dejó indiferente a nadie---. ¿Queréis negociar? Perfecto. Yo os expondré mis condiciones y vosotros... aceptaréis. No hay otro camino.

Se hizo un denso silencio tras sus palabras, que ni siquiera la respiración de todos los que estaban allí consiguió romper. En sus rostros se podía leer la indignación, el desconcierto, el miedo. En algunos casos, una incipiente esperanza.

---Habla ---la voz del presidente fue la única que, como antes, se atrevió a levantarse---. Nosotros te escucharemos.

Mara sonrió.

Tenían muchas cosas de las que hablar.

Las aguas del lago seguían siendo tan puras como el día en el que nació. Con el deshielo, sus aguas ahora eran más frías y corrían raudas a llenar con su magia curativa aquel rincón de paz.

El río Azul, hijo directo del Glaciar Azul, en Argentina, fluía con tranquilidad a pocos kilómetros de allí, y su afluente, subterráneo hasta su desembocadura en el lago, recorría las limpias rocas y llenaba de profundo azul la poza en la que llevaba un tiempo reposando.

Mara suspiró y dejó que el brillante sol de mediodía acariciara su rostro cristalino. La luz arrancó una miríada de destellos de diversos colores, que parecieron refulgir en mitad del verde de las copas de los árboles que rodeaban el lugar. Solo una escalera de piedra desentonaba en aquel paraíso, pero ella había terminado por tolerarla: sabía que aquel era su único y actual vínculo con el mundo de los humanos.

Tras seis meses de autoexilio en pequeño lago, supuso que pronto vendría uno de ellos a ver cómo estaba. Así lo habían hablado la última vez y, aunque se le antojaba extraño que uno de ellos quisiera mantener el contacto después de las negociaciones, así lo esperaba.

Además, pensó la sirena, tenía que ponerse al día.

Efectivamente, el instinto de la mujer fue acertado: apenas unos días más tarde, con el sol muy alto en la esfera de cielo que ella veía desde su lago, escuchó el sonido de unos pasos lentos y precavidos sobre la piedra, que no dejaron de resonar durante un rato, pues la escalera era resbaladiza y peligrosa.

Para cuando el hombre llegó al último peldaño, la sirena ya había recuperado su rostro humano, y lo esperaba apoyada en una de las rocas que se ceñían a la escalera, como si fueran sus cimientos naturales. Su rostro, juvenil gracias al poder regenerativo del agua dulce y enmarcada

por una cascada de pelo albo, esbozaba una sonrisa complacida.

---Presidente. Sabía que serías tú quien decidiera venir a verme.

El hombre le devolvió la sonrisa y, con cuidado, se sentó en el último escalón. Sus dedos descalzos acariciaron el agua fría, que le hizo estremecerse.

---Creo que ya puedes llamarme Jeff. Después de todo lo que ha pasado...

---Jeff, entonces. ¿Qué hay del exterior? ¿Qué ha sido del mundo?

---Hay noticias, muchas ---contestó él, sin dejar de sonreír---. Aunque no tantas como me gustaría. Me temo que las cosas van despacio.

---Pero van. Fluyen. Y eso es lo que tenéis que ir haciendo, Jeff, fluir como hacen las demás criaturas: despacio y allanando las circunstancias sin maltratar a quienes os dan la vida.

El hombre asintió. Una ráfaga de aire caliente sacudió su pelo entrecano y le trajo el agradable olor de la fruta que crecía cerca de allí, sumida en el salvajismo de aquella zona casi inexplorada.

---¿Y tú? ¿Cómo estás?

Mara dejó escapar una risita cristalina, que hizo que Jeff la mirara de nuevo. Le resultaba muy divertido que aquel cachorro se preocupara tanto por su estado de salud. Aunque lo cierto era que, desde que se conocieron en persona en el parlamento aquel día, siempre se había mostrado sincero y amable.

Le agradaba.

---Mucho mejor de lo que esperaba ---admitió ella y dejó que sus ojos azules pasearan por las aguas tranquilas y translúcidas del lago---. No recordaba lo bueno que era para nosotros el agua dulce. Es como volver a nacer.

---¿Significa eso que no volverás al mar?

Ella rió con más ganas.

---Yo soy todos los océanos. ¿Cómo no iba a regresar? ---preguntó, aunque la idea en sí misma le parecía absurda---. Esto... este lugar es solo un respiro. Mi tiempo no corre con tanta prisa como el vuestro. Además ---añadió, con una sonrisa misteriosa---, tenía algo que hacer.

---¿Algo que...? ---Jeff se detuvo y sacudió la cabeza. Tras la aparición de Mara se había dedicado a estudiar a las sirenas a conciencia, y estaba seguro de haber leído en alguna parte que nunca se le debía preguntar un misterio a una sirena. Así que se mordió la lengua y se limitó a sacar el ipad de la mochila que llevaba a su espalda. Abrió varias aplicaciones que no necesitaban cobertura y, sin mucho preámbulo, se dedicó a contarle cómo las cosas habían cambiado desde el Pacto.

La conversación, aunque importante, fue aburrida. Hablaron de medidas políticas, de nuevos pactos entre los diferentes países, del brusco impulso que había tenido la parte más ecológica de cada gobierno. También comentaron las mentiras que habían elaborado entre ambos para engañar a la humanidad acerca de los sucesos. Hablaron de cambios leves, pero también de los más profundos e intensos que había sufrido el mundo tras su ataque.

Mas, cuando el documento principal estaba a punto de terminar, un sonoro chapoteo atrajo la mirada de ambos a un punto en concreto del agua. Jeff frunció el ceño, pero Mara sonrió y se estiró dentro del agua.

---¿Qué ha sido eso? ---preguntó él, mientras seguía con la mirada la forma de una sombra bajo el agua---. ¿Qué...?

---Ya te dije que vine aquí para hacer algo ---contestó Mara, con tranquilidad, mientras hacía un gesto en dirección a la zona más oscura de las aguas---. Este lugar siempre ha sido importante para mi linaje ---explicó, pacientemente, como si hablara con un niño y no con un adulto hecho y derecho---. Aquí mi madre me tuvo a mí. Y su madre a ella. Y así durante más generaciones de las

que vosotros viviréis nunca. Lo lógico era que yo hiciera lo mismo ---dijo y sonrió al ver que una pequeña cabeza llena de ondas del color del cobre surgía de las aguas con timidez. Tras esa apareció otra, mucha más rápidamente, morena y con los rasgos contraídos en una mueca enfadada.

---¡Mara! ---exclamó uno de los niños, el último en aparecer---. ¡Óscar no me deja jugar con su lanza!

---¡No es cierto! ---exclamó el otro pequeño, mientras nadaba rápidamente hacia su madre, moviendo la cola a toda prisa---. ¡Pero es que estaba jugando yo y Samuel es muy pesado!

La sirena puso los ojos en blanco y contempló, sin dejar de sonreír, a los dos retoños.

Una oleada de ternura reverberó en todo su ser. Le había costado llegar hasta allí, y los primeros días habían sido muy difíciles, pero lo había conseguido. Sus perlas de sangre se habían conservado el tiempo suficiente como para que su magia aún surtiera efecto. No había salido exactamente como quería, pero... allí estaban de nuevo, aunque fuera en el cuerpo de un niño y no el de un guerrero.

Aunque todo llegaría, pues, en esencia, seguían siendo los mismos. Y lo serían cuando crecieran.

---Estos son mis hijos, Jeff ---murmuró la sirena, con suavidad---. Mis guardianes. La única razón por la que no destruí vuestra existencia. Espero que el mundo que les aguarda ahora sea mejor que por el que se sacrificaron.

---Haremos lo posible. Yo haré lo posible ---corrigió, sin querer mentirla. La política, a fin de cuentas, era un asunto complicado---. Te lo juro.

La sirena sonrió al escucharle, pues aún sentía ese matiz de sinceridad que tanto le había gustado la primera vez que lo vio. Quizá fuera por eso por lo que se animó a invitarle a quedarse, quizá por eso permitió que sus pies entraran en su santuario.

Quizá, por eso, dejó que la escuchara cantar.

ALGO SOBRE MÍ

Soy Abi, una chica normal y corriente que adora escribir. Nací en Madrid, en 1990, y desde niña he buscado expresarme mediante las letras.

A día de hoy tengo varias historias publicadas y a la venta: la saga histórica "Imposibles" (Conquistando lo imposible, Recordando lo imposible y Amando lo imposible), una novela corta contemporánea y de suspense, (La muñeca tatuada), un relato romántico, (¿Y si lo nuestro se acaba?) y una novela de fantasía post apocalíptica (El último soñador) que, como todo lo demás, está disponible en amazon. También tengo publicada una novela de fantasía juvenil (Rohan y los perros del rey) que podéis comprar en la página de Alberto Santos, editor. Con ellos, además, he sacado una antología de fantasía dedicada al dragón (¡Mayday, dragones --Tras las huellas del dragón)

Actualmente estoy más centrada en la producción de literatura LGBT: tengo un relato erótico ilustrado a la venta (El blanco color del odio), que pronto se convertirá en una serie .

Podéis seguirme en mis redes sociales:

Instagram: Abi_escritora

Twitter: Abiescritora

Facebook: Abigail V. Sánchez

Wattpad: Lyannar